

Auténtico Relato de Robert Blake



SUS
ULTIMAS
DIECIOCHO
HORAS

Robert Blake, autor de "Sus últimas dieciocho horas", fué ejecutado en Huntsville, en abril de 1929. Era un hombre joven, de considerable inteligencia, y durante sus meses de permanencia en el Pabellón de la Muerte, se dedicó por entero a escri-

bir. "Sus últimas dieciocho horas" es una tentativa para asentar, todo lo literalmente posible, las conversaciones mantenidas con sus compañeros de infortunio, condenados como él a la pena capital, el día que uno de ellos debía perecer. Tomó notas cuidadosa-

mente, y completó su obra al siguiente día. Luego hizo entrega de ella al reverendo J. D. Moss, pastor de una de las iglesias de Huntsville, que recibió instrucciones para hacerla publicar. Blake fué ejecutado una semana después. Fué condenado por robo y

asesinato. Hasta su último instante, Blake sostuvo que el asesinato fué perpetrado por otro hombre, y que él, en esos momentos bajo la influencia de estupefacientes, no se daba cuenta de lo que pasaba. (En la página siguiente, el texto completo.)

SUS ÚLTIMAS DIECIOCHO HORAS

LUGAR

El Pabellón de la Muerte de la Penitenciaría Estadual de Texas, situada en Huntsville.

TIEMPO

Día y noche de abril de 1929. El diálogo se inicia dieciocho horas antes de la señalada para la ejecución.

PERSONAJES

Número Uno: un mejicano condenado a muerte.
Número Dos: un hombre blanco condenado a muerte.
Número Cinco: un hombre blanco condenado a muerte.
Número Seis: un hombre blanco condenado a morir hoy a medianoche.

Número Siete: un hombre blanco condenado a muerte.
Número Nueve: un hombre blanco condenado a muerte, pero cuya ejecución se evita debido a que se ha vuelto loco.
Ejecutados de la prisión, carceleros, un sacerdote, capellanes protestantes, reporteros de la prensa, etc.
Existen nueve celdas en el corredor de los condenados a muerte, pero solamente seis están ocupadas. Han sido construidas en forma que ninguno de los condenados puede ver a otro, pero cada uno de ellos puede oír lo que cualquiera de los otros dice. Existe un corredor al frente de las celdas, y en uno de los extremos de éste hay una puerta verde, detrás de la cual se encuentra la cámara de la ejecución.

EL SEIS. — Bueno, muchachos, éste es mi último día.
EL DOS. — No; me parece que usted se va a quedar.
EL CINCO. — Sí; usted se quedará. Nadie ha ido nunca allí un día de estado, por lo menos. ¿Por qué va a ser usted la excepción?

EL SEIS. — Es verdad, pero no lo espero, por que sino me lo hubieran dado cuando se lo dieron al Dos.

EL CINCO. — Se producirá a último minuto. El gobernador me ha negado a conmutar su sentencia, pero designaría una comisión de médicos para que investigue su estado, si el cura le telegrafía.

EL DOS. — ¿A qué hora viene el cura?

EL UNO. — ¡Oh! Viene cuando le escriben o cuando le piden que venga.

EL NUEVE (con voz muy alta y como mugiendo, estúpidoamente). — ¡Jo...nes!

EL SEIS (de buen humor). — ¡Creo que sería mejor que empesara a gritar Jones!

EL SIETE. — Demasiado tarde. Debí haberlo hecho hace ya mucho tiempo.

EL DOS. — ¡Aquí viene el desayuno!

EL SEIS. — Ojalá sea bueno. Será el último que coma, creo.

EL UNO (el mejicano). — ¡Oh! Usted no sabe. Me parece que usted se va a quedar aquí.

EL DOS. — Aquí llega la correspondencia.

VOCES DESDE AFUERA. — Entregue estos cigarrillos al seis.

EL CARCELERO. — Estos son unos cigarrillos para usted.

EL SEIS. — ¿Quién los manda?

EL CARCELERO. — Uno de los carceleros.

EL SEIS. — ¡Inferno! ¡Esto es más de lo que nunca podré fumar!

EL UNO. — Mándemelos a mí!

EL SEIS. — ¡Oh, vaya al infierno! Voy a pedirle que Vd. me tenga la mano esta noche o se siente en mis faldas.

EL UNO. — ¡Maldición, si quiero!

EL SEIS. — Seguramente que quiere y lo llevará al infierno conmigo.

EL UNO. — ¡Cállese!

EL NUEVE (con un horrible alarido). — ¡Jo...nes! ¡Jo...nes! ¡Jooones!

EL SIETE (desatándose en verso). — El Pabellón de la Muerte es adonde van y vienen, se detienen breve tiempo antes de ser llevados a la silla eléctrica acusados de cualquier crimen.

EL UNO. — ¡Cállese usted!...

EL SEIS. — ¡Olvíde eso!

EL SIETE (persistiendo). — Los he visto venir; los he visto partir; he oído leerles la sentencia mortal, y cuando he visto palidecer las luces brillantes... ¡en la silla eléctrica otra alma ha sido muerta!

EL SEIS. — ¡Por amor a Cristo, siete, tenga corazón!

EL SIETE. — Cuando percibo el rumor solitario del motor que envía su alto voltaje para vuestra muerte, tengo una triste sensación inexplicable que recorre mi pecho.

¿Cuáles son vuestros sentimientos cuando vuestra cabeza ha sido afeitada y estáis ataviados para la muerte!...

EL SEIS. — Voy a volver aquí para perseguirlo en forma de fantasma, si no se calla.

EL SIETE (poeta y orgulloso de serio, se niega a dejarse intimidar con fantasmas). — Cuando vuestro tiempo se acerca... menos de una hora... y se tiene el castigo de esperar un ratito más.

EL SEIS. — Ahora está hablando cuerdamente.

EL SIETE. — ¿Por qué estrían una gorra negra sobre vuestra cara, y os la dejan puesta hasta que estáis muertos?

Debido al alto voltaje de la electricidad ¡saltarían vuestros ojos de las pupilas!

Cuando hablo del expreso de medianoche, tal vez no comprendáis lo que digo; ¡es la horrible silla eléctrica de la injusticia, que quema la sangre de la carne humana!

Pero los trenes corren en dos direcciones. Uno corre hacia el cielo y el otro hacia el infierno.

Y cuando subís al expreso de medianoche, es difícil saber qué tren os arrebatara.

Cuando los carceleros afirman los tornillos en el cráneo que sujeta el casco de cobre a vuestra cabeza y mueven la palanca de la injusticia...

¿En un minuto quedáis muertos!

EL NUEVE. — ¡Jo...nes!

EL CARCELERO (murmurando). — Aquí está el diario. Lea esto y no diga nada al seis.

EL DOS. — Muy bien. — Lee: "Se ha negado clemencia; el asesino morirá mañana; no interviendré de clemencia a favor de Jack Henderson, condenado a ser electrocutado por el asesinato de una niña de doce años de edad..."

(La puerta que conduce a la Cámara de la Muerte empieza a crujiir. El motor deja sentir su rumor. Las luces palidecen).

EL UNO. — ¡Eh, eh! Están probando el tren especial de medianoche para el seis.

EL DOS. — Esto me da escalofríos en el espinazo.

EL NUEVE. — ¡Jo...nes! ¡Jo...h!

EL SIETE. — ¡Y cuando veo palidecer las luces brillantes, en la silla eléctrica otra alma ha sido muerta!

¿Vean cómo palidecen esas luces!

EL SEIS. — ¡Oh, Dios!

EL CINCO. — Se divierten como pueden. Se divertirán todo el día, mientras no haya pasado el momento.

EL SEIS. — ¡Digan! ¡Mónos del infierno! ¡Que el infierno los acabel! Esto me está mareando.

EL DOS. — Yo no doy más. En cualquier otro lugar estaría mejor.

EL UNO. — ¡Yo también!

EL SEIS. — Siento una cosa rara en el estómago. Como si ardiera...

EL CINCO. — Eso no es nada todavía. Ya verá cuando lo aten.

EL NUEVE. — ¡Jo...nes!

EL DOS. — Muchachos, esto no es un chiste: me gustaría estar en cualquier otra parte.

EL CINCO. — Usted estaría en otra parte si no tuviera que estar aquí.

EL DOS. — ¡A mí me lo dice! Pero, para decir la verdad, me revienta encontrarme aquí, mientras un hombre va a ser electrocutado.

EL CINCO. — ¡Bah! Usted se acostumbrará antes de mucho. Está seguro que tendrá unos días más de estado, y verá irse a algunos compañeros. No podemos evitarlos esto. Por más protestas que queramos armar, no impediremos nada.

EL SEIS. — ¿Que se haga oír ese fonógrafo? (Se turna la guardia de carceleros. Se sirve el almuerzo. Al seis le quedan menos de doce horas).

EL SIETE. — ¿Qué les dijo que deseaba para la cena, compañero seis?

EL SEIS. — Les pedí costillas de cerdo con papas fritas, dulce, pan, manteca y un poco de leche. ¿Por qué?

EL SIETE. — Eso es mucho.

EL UNO. — Usted va a hacer un viaje muy largo.

EL SEIS. — Sí; me parece que voy a sentir hambre antes de llegar al infierno.

EL DOS. — Lo que es a mí, cuando me toque de turno, no estaré para bifes.

EL SEIS. — Usted está loco. Tuve la oportunidad de hartarme a mis anchas. Debí pedirles un pollo y todos los adornos.

EL CINCO. — Tienen que darle todo lo que pida para comer. (Solennemente). Cualquier pedido razonable que enuncie no le será negado.

EL SEIS. — Uno: usted tiene razón. Esa silla le revuelve las tripas a uno.

EL UNO. — Sí, por Dios! ¡Ya lo sé!

EL SEIS. — Ese repórter quiere que yo le refiera esta noche todo el asunto. Es una idea loca que se les ha metido en la cabeza. Eso me serviría para maldita la cosa. No les diré ni una palabra. Nadie necesita saberlo.

EL UNO. — Diga, seis, usted debe hacer que allí no esté presente nadie, fuera de los representantes del Estado. Yo no los dejaría, si estuviera en su lugar.

EL SEIS. — Me importa poco quien lo vea.

EL UNO. — Yo no dejaría que estuviera presente ningún negro.

EL NUEVE. — ¡Jo...nes! ¡Jooones!

EL SEIS. — ¿Alguien quiere este calzado? ¿Quiere alguien este par de medias? ¿A quién le entregaré este dinero? ¡Digan algo, tipos del demonio!

EL UNO. — Mándeme ese dinero.

EL SEIS. — Se lo mandaré antes de que me cuelguen. Recuerdo que usted me mandó todo lo que tenía: dinero y lo demás, cuando estuvo listo para ir a la silla, antes de que el gobernador le diera un resuello, y tuvo que devolverle todo. Creo que cumplí bien.

EL UNO. — ¡Oh! Yo le enviaría todas las cosas mañana!

EL SEIS. — Dos: ¿quiere usted estos cigarrillos?

EL DOS. — Guárdelos, seis, y los podré fumar mañana.

EL SEIS. — ¡Tengo esa esperanza!

EL DOS. — El gobernador le acordará alguna estado más; tengo la seguridad.

EL SEIS. — Quizá. Voy a hacer que el cura le telegrafie, conforme llegue.

(Las catorce horas. Las quince horas. Un silencio ominoso reina en el corredor de la muerte. Las luces hacen ruido en la puerta. Un permiso de estado? No; el capellán).

EL SEIS. — ¿Quién es?

EL DOS. — El capellán y un carcelero.

EL CAPELLAN. — Buenas tardes, muchachos. ¿Cómo están hoy?

(El capellán permanece frente a la celda ocupada por el seis y lee un capítulo de la Biblia; luego reza. El carcelero ríe y bromea con el uno).

EL SEIS. — He pedido que viniera el cura.

EL CAPELLAN. — Probablemente llegará en seguida. No lo he visto, pero he oído decir que está por llegar.

EL SEIS. — Bien; yo quiero verlo.

(Salen el capellán y el carcelero).

EL SEIS. — ¿Oyeron a ese carcelero de porquería, riéndose cuando el capellán rezaba?

EL CINCO. — Está borracho. No se fije en eso.

EL NUEVE. — ¡Jo...nes! ¡Jooones!

EL DOS. — Seis: aquí viene el secretario del director con un telegrama. Quizás es la postergación.

(El secretario del director envía el despacho al seis por intermedio del carcelero de guardia en el corredor).

EL SEIS. — Dígale que he dicho que no.

EL CARCELERO. — Muy bien.

EL SEIS. — El telegrama es de un maldito sheriff, que quiere saber si él y un cierto juez de paz que piensan asistir a mi electrocución, pueden contar con mi permiso. Si depende de mí, no dejaré que la presencia nadie, hasta dónde me lo permita el Estado.

EL CINCO. — ¡No los deje entrar!

EL SEIS. — Usted me oyó decirle que no.

EL CINCO. — ¿A qué repórteres les va a permitir la entrada?

EL SEIS. — No sé.

EL CINCO. — Deje que entren los muchachos del "Press" y del "Chronicle", si vienen.

EL SEIS. — Sí, son buenos muchachos, creo.

EL CINCO. — Nos han tratado bien.

EL SEIS. — Usted sabe, ellos me lo explicaron todo en el despacho del director. Me dijeron que habrá cinco testigos por el Estado y la penitenciaría, y que yo podía hacer presenciar el acto por otros cinco que yo quisiera, pero si yo no deseaba la presencia de ningún otro, yo puedo hacer alejar a cualquiera que no lo exija el Estado.

(16 horas. Llega el cura).

EL CURA. — ¿Cómo están, muchachos?

(El cura trae a su lado el carcelero con las llaves y penetra en la celda del seis, administrando a éste los ritos de la Iglesia Católica. El carcelero es relevado y se sirve la cena).

VOCES DE AFUERA. — ¡Jefe!

EL CARCELERO. — ¡Sí, aquí!

VOCES DE AFUERA. — Necesitamos las medidas para acondicionar al seis.

EL CARCELERO. — ¡Ah! Pesa unas ciento cuarenta libras, y tendrá seis pies de estatura.

EL CURA. — Bien, muchacho. ¿Cómo se siente?

EL DOS. — Muy bien, gracias.

EL CURA. — Yo he salvado su alma. No era posible salvar su vida o su cuerpo, debido a que el gobernador se negó a mostrarse clemente con él. Vendrá esta noche a administrarle la Santa Comunión. Me quedaré a su lado hasta el último instante. Eso calmará sus nervios, y un hombre necesita a alguien. Siempre acompaña hasta la silla al hombre que preparo para la muerte y a quien administro los ritos. Eso lo mantiene firme y los carceleros no tienen que sostenerlo.

EL DOS. — Eso está bien.

EL CURA. — Esta noche volveré a conversar con ustedes. Ahora voy a cenar. Volveré.

EL UNO. — "¿Qué dice?" Seis?

EL SEIS. — "Nada, señor, nada!" — (Responde en español).

EL NUEVE. — ¡Jo...nes!

(Las 18 horas. Llegan los carceleros con el barbero y los aparatos para la silla eléctrica. Afeitado al seis. Está fuera de su celda, en el corredor).

EL SEIS. — Aquí hay unas naranjas que no podré llevar conmigo.

EL DOS. — Gracias, seis. Diga, seis...

EL SEIS. — ¿Qué dice?

EL DOS. — Que se quede con ellas, compañero.

EL SEIS. — Eso quisiera. Lo espero el quince en el infierno.

EL DOS. — ¡Olvíde eso!

(Ahora le afeitán la cabeza al seis).

EL SEIS. — Haga sonar ese fonógrafo suyo.

EL DOS. — ¿Qué quiere oír?

EL SEIS. — Cualquier cosa, con tal de que sea música. Ah, me están sujetando. Si algo no sucede muy pronto, pierdo las esperanzas.

(El reloj anuncia las 17 horas).

EL SEIS. — ¿Qué es esto? ¡Las diecisiete?

EL CARCELERO. — Sí.

EL SEIS. — ¡Buuuu! ¡Mis horas son cortas! ¡Por qué demonios no hace sonar el fonógrafo, Dos?

EL NUEVE. — ¡Jo...nes!

(El seis ha sido lavado y le han puesto los aparatos para sentarlo, en la silla eléctrica. Un carcelero le corta una parte de los pantalones, desde la rodilla para abajo. Le están afeitando la pierna. Hay siete carceleros en el corredor).

EL SEIS. — Uno, van a preparar esa silla para que usted la ocupe después.

EL UNO. — ¡Deje de cantar esos "blues", seis!

EL SEIS. — Lo espero en el infierno, Uno.

(El seis ha sido llevado a una celda desocupada. Nada de muebles. No hay más que dos frazadas para sentarse. Se han ido todos los carceleros, menos uno).

EL SEIS. — Me siento mal del estómago.

EL DOS. — Le mandaré una de esas naranjas para que la chupe.

EL SEIS. — No es eso, muchachos. Es que me revienta ir allí. Me parece que nunca he odiado nada como esto. Odio la idea de dejarme, muchachos.

EL SIETE. — Esta vida no sirve para nada, compañero viejo. Tengamos la esperanza, por lo menos, de que Vd. va a arribar a un mundo mejor. Tal vez haya un lugar mejor, en alguna parte.

(El carcelero se sopló las narices y se restregó los ojos con el pañuelo. Hay lágrimas en sus ojos. Debe ser humano, después de todo).

EL SEIS. — Muchachos, yo ya estoy en las últimas. Me he mantenido bastante firme hasta ahora, pero se me acaba la cuerda.

EL SIETE. — ¡Sea firme, seis!

EL NUEVE. — ¡Jo...nes!

EL SEIS. — Bien, manténgase firme conmigo, muchachos. Alzaré un castillo en el aire o cualquier otra cosa, para no pensar en la silla. Armemos esa vieja revolución, Uno.

EL UNO. — Déjenme solo, muchachos. Estoy rezando por el seis.

EL SEIS. — Manténgase en esa obra de bien, Uno. No me vendría mal un trago de whisky.

CARCELERO. — Muchachos, nunca me encontré en un caso así. Me conmueve.

EL NUEVE. — ¡Jo...nes!

(Llegan cuatro carceleros y el ayudante del director. El ayudante del director lee la sentencia de muerte).

EL AYUDANTE DEL DIRECTOR. — Ahora, seis, puede decirme cualquier cosa que quiera. Su madre me ha pedido que reciba sus últimas palabras para ella.

EL SEIS. — Se las daré al cura.

EL AYUDANTE DEL DIRECTOR. — ¿Quiere algo que yo podría satisfacer? Haré todo lo posible por satisfacerlo.

EL SEIS. — No, creo que no. Pediré un poco de café de aquí un rato. ¿Me lo mandarán?

EL AYUDANTE DEL DIRECTOR. — Yo me encargo de que le llegue. ¿No quiere nada más?

EL SEIS. — No, gracias.

EL NUEVE. — ¡Jo...nes!

EL AYUDANTE DEL DIRECTOR. — Bien, ahora nos vamos; si ese café no llega en seguida, hágame llamar, que yo haré que se lo traigan en el acto.

(El ayudante del director y los cuatro carceleros salen).

EL NUEVE. — ¡Jo...nes!

(Un carcelero y un condenado llegan con una jarra de café. El condenado sirve la infusión a todos los presos).

EL SEIS. — Dos, usted tiene suerte. Ha obtenido esa estado aquí de treinta y cinco días, compañero. Yo quisiera una estado de un día más. De todos modos, creo que usted me pasaría uno de los días que tiene.

EL DOS. — Claro que sí, pero no sé cómo probarlo; yo sé que usted no me creará, pero, de cualquier manera, lo haría. Ojalá eso fuera posible. Me desconsuela verlo marcharse, seis. Le daría la mitad de mis días.

EL SEIS. — Ojalá pudiera usted darme los.

EL CONDENADO. — Se los daría, estoy seguro.

EL CARCELERO. — Lo creo.

(El carcelero y el condenado abandonan el corredor con la jarra de café. Otro carcelero y un enfermero penetran con una botella de alcohol y sacan al número seis de su celda. Le sujetan los brazos a los lados del sillón de afeitado. El enfermero lava la cabeza y las piernas del seis con alcohol).

EL SEIS. — ¡Muchacho, juuu! Me gustaría un trago de esto. EL ENFERMERO. — Es alcohol desnaturalizado, seis.

EL CARCELERO. — Bien ¡qué le parece esto, muchacho?

EL DOS. — Quizás se le conceda una estado aquí de un poco más de tiempo.

EL CARCELERO. — No, no creo. Apostaría dinero a que no se lo conceden.

EL ENFERMERO. — Yo creo que le concederán una prórroga. El cura está trabajando, y ha telegrafiado al gobernador.

(El carcelero y el enfermero salen y entra el cura).

EL NUEVE. — ¡Jo...nes! ¡Jo...nes!

(El cura hace entrar en la celda del seis una mesita, una vela y un crucifijo. Sale para volver a entrar con una maleta).

EL SEIS. — Enciéndame un cigarrillo, Dos. Temo que mi cabeza se encienda con todo el alcohol que tiene, si le acercan un fósforo.

EL DOS. — Claro.

(Sale el cura de la celda y habla al Uno en español).

EL SIETE. — Bien, seis, parece que se va usted. Me horroza la idea de verlo partir, pero debe haber también alguna perspectiva para usted. Debe ser mejor que esta vida, o no valdría mucho. No creo que ninguno de nosotros pierda gran cosa cuando camina hacia la silla, porque, seguramente, hay un Cielo y todos tienen ocasión de quedar bien con Dios.

EL SEIS. — Bueno, espero que haya otro lugar. Tal vez no tenga que irme esta misma noche.

(Entran un hombre y una mujer, ambos religiosos, acompañados de un carcelero).

LA RELIGIOSA. — ¡Oh, estoy contenta de que usted esté preparado.

EL SEIS. — Estoy contento de no dejar mujer e hijos. Me alegro de no haberme casado nunca.

EL RELIGIOSO. — ¡Este se sobrelleva mejor cuando a nadie concierne si a uno lo quemán.

EL NUEVE. — ¡Jo...nes!

LA RELIGIOSA. — ¿Qué es esto?

EL SEIS. — Es un loco que han devuelto aquí. Es inofensivo. No les puede hacer nada. Bien, me duele dejar a mi madre. Esto la hará sufrir, yo lo sé.

LA RELIGIOSA. — A ella le será un alivio saber, cuando todo haya pasado, que usted quedó muy bien con Dios.

(Salen los religiosos).

EL SEIS. — Enciéndame un cigarrillo, Dos.

(Tres periodistas entran acompañados de un carcelero y el seis les refiere su crimen. Salen los reporteros y el seis pide más café).

EL DOS. — Quisiera saber qué hora es, Uno.

EL UNO. — Deben ser las veintidós y media.

EL SEIS. — Digan, muchachos, ¡no sería emocionante que me concedieran un permiso de estado de treinta días! Ahora tengo esperanzas que hace dos horas. Entonces me sentía muy abatido.

EL secretario del director me mandó decir que estará negado al teléfono.

EL DOS. — Sí, le concederán un permiso.

EL SEIS. — Todavía tengo esperanzas.

CAPACIDAD: SEIS PASAJEROS

Cuento de
Enrique Amorim

EN la balumba del tráfico, se desplaza vertiginosamente, el rojo del colectivo 39. Reflejado en el escaparate de una armería, pasa por el meteorico. Por la hoja bruñida de una sevillana, o se escapa por la punta de un punzón. Luego asoma el hocico arisco del radiador, en la vidriera de una casa de motas y el verde nudo de una "roba", adquiere por un segundo un atrayente tinte rojo.

El tercer hombre que va en posesión de ese panelito fatal, enfermizo, que trae todas las desgracias y que se esconde, averiguado, abultando en el bolsillo. El dueño del hombre fue en desgracia, con ida y vuelta, detentador de records, cuyo dueño lo ha utilizado durante la semana unas catorce veces, pasando las narices de sus hijos resfriados.

Las tres mujeres que ocupan el asiento trasero se sienten como niveladas por el viaje en colectivo. No hay en ellas orgullo personal, desentonada presunción aparente. Ni ese paquete ni ese hio de ropas que inferioriza a la muchacha, frente a la compañera ocasional que viaja con las manos enguantadas y vacías.

Tres mujeres envueltas en generos comunes, boninas similares, carteras tipo standard. Tal vez la misma calidad de rouge en los labios, impropio en una de ellas, rubia, morena y palancha.

En el reducido espacio que ocupan, las seis piernas femeninas, se pueden vislumbrar las medias de cada una de la morena, las de algodón de la rubia. A pesar de la seda, luce más la pantorrilla derecha de la rubia, al descubierto, abultada en buche de paloma por la pierna izquierda, cruzada entre el asiento. Los estropeados zapatos, la historia de caminatas o paseos de que duenas, confundidas en aquel momento en un mismo andar mecánico.

Las seis rodillas de las tres mujeres, ubicadas en el asiento trasero, siguen cada una un balanceo personal, perfectamente definido. En la opulenta de la derecha, se manifiesta más grave y lento. Se entrecruzan las piernas de una; se ajustan las de otra y la morena de la izquierda, las lleva apoyadas, como alejándolas de un posible contacto, contra el tapizado de la carrocería.

En las curvas violentas, los seis cuerpos, participan hermanos del accidente. Al enfrentar las bocacalles, avanzan a un tiempo. Al frenar del vehículo, los tres pechos femeninos se adelantan parejos. Los tres tórax de los hombres, se inclinan en un saludo disciplinado.

Al cabo de cinco minutos de marcha, el idéntico movimiento muscular, ha hecho de los seis personajes, seis muñecos semejantes.

El estudiante Smith

Regresa de la Facultad, a estornudo por bocacalle. Trepó al colectivo en movimiento, sin mirar para atrás. Vino a completar el viaje y así, gracias a su inclusión, se duplicó la velocidad. Flaco, de agudos hombros, aprieta sobre el tórax un manoseado libraco. Ve pasar las cuadras sin atención, fija la vista hacia adelante, como si él fuese quien sortease los automóviles y los peatonales.

Don Jacinto, el boticario

Bien agarrado al pasamanos, se le han helado los dedos de tenerlos inmóviles. Se siente molesto, pero no tiene el valor de investigar la causa. Sometido a la vida, los pequeños accidentes hallan idéntico sometimiento en su persona, que las grandes peripecias. La frialdad del pasamanos es como un yugo en su vida. Yugos pequeños, espirituales o materiales, que no se atreve a poner en descubierta y rebelarse contra ellos. Los sufre y eso es todo. Hasta la velocidad del vehículo es una imposición que somete sus nervios a un ritmo desagradable. Pero se deja llevar sin protestas, por el colectivo, como por su mujer, como por la clientela embrollona. En el cristal del parabrisas, le parece ver el espacio rectangular de la pantalla cinematográfica, por la que ha visto desfilar, en tardes de domingo, seres y cosas ajenas a su vida, terriblemente desconcertantes.

Julián J. Rodríguez

Ha sacado de su bolsillo, una tarjeta de visita con ese nombre. Momentos antes de alcanzar el colectivo, escribió en ella una recomendación para una amiga, a fin de que cierto director de revistas teatrales le diese una contrata en el cuerpo de baile. Se dirige a casa de un periodista conocido, a quien ha de rogar la inserción del retrato de la muchacha, en la página teatral de su periódico.

Redada la tarjeta, la guarda, al tiempo que descubre en el cristal del espejo retrovisor del coche, los claros ojos de la rubia que gasta medias de algodón. Una brusca frenada desvía la mirada de la muchacha.

Fanny, la rubia

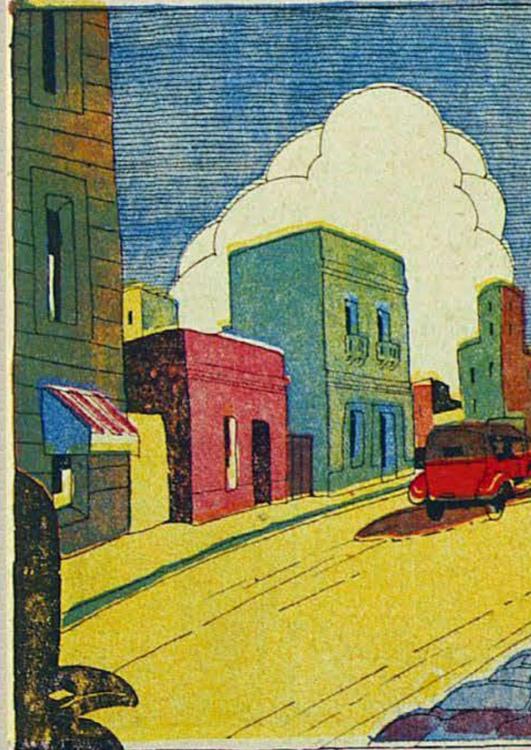
Hay una razón de peso, para que lleve ese día unas modestas medias de algodón: la de ir a hacerse cargo de un puesto de dama de compañía y casi profesora de inglés, en casa de una señora viuda, con propósitos de ausentarse para Europa. Y Fanny sabe que es prudente el primer día, presentarse con medias de algodón.

Gastando medias de algodón, se puede estudiar con más comodidad y soltura, el ambiente de una casa. Las medias de algodón evitan el frío galanteo y conducen con definitiva seguridad a su dueña, al uso constante y perpetuo de las de seda.

Bajo el sweater amarillo de punto ajustado, las líneas violentas de su armonioso busto, ondulan medrosas.

Sara del Valle

Con las rodillas juntas, abriendo un espacio hostil entre las suyas y las de Fanny, Sara del Valle (nombre de novela) viaja in-



comoda. Morena, de ojos sombreados, en los labios hay un temblor a cada instante: ¡Me las va a pagar todas juntas! ¡Me las va a pagar todas juntas! ¡Ya sabrá quien soy yo, ya sabrá quien soy yo!

Siete Generaciones de Canallas

por
Carlos Pérez Ruiz

LOS criminalistas de fines del siglo XIX, al concebir la figura ideal del criminal nato, le atribuyeron características morales definidas, entre otras: una conciencia deficiente, comprobada en las prisiones por la falta de remordimientos, sueño tranquilo, etc.; instintos perversos, manifestados por la falta de simpatía por los demás, y la carencia de sentimientos altruistas; ausencia de autodominio (temperamento violento, intensas pasiones y con frecuencia imbecilidad); y por fin una indomitable holgazanería. Además, es indiscutible característica, la hipocresía y la mentira habitual más o menos hábilmente utilizada.

Siendo el criminal nato un ente ideal, es difícil encontrarlo realizado en la especie humana, pero si es imposible hallar un individuo que reúna en sí mismo tan brillantes cualidades, no lo es en cambio, encontrar una familia, la que considerada como una sola entidad a través de varias generaciones puede llegar a constituir un organismo delincuente con todas las características del criminal nato.

Un ejemplo de esto nos lo ofrece la formidable familia Jukes, su "pedigree" ha sido posible establecerlo a través de siete infames generaciones, siendo sus iniciadores, dignos empleados policiales y sus ejecutorias de nobleza, sus bien nutridos prunarios.

Curioso sería hacer una estadística en la que se mostrara en forma gráfica las veces que podría rodearse el mundo con el papel empleado en extender sus prontuarios y en extender sus galones de tinta gastados en redactarlos, la mole de acero formada por sus armas y granadas y los litros de sangre que derramaron.

Todo ello en forma extractada la figura en el 31o Report of the Prison Association of New York, correspondiente al año 1876.

Comprende un total de 540 individuos de sangre Jukes, de los cuales la mayor parte le forman criminales, mendigos, prostitutas y degenerados.

Es difícil establecer en cifras redondas hasta la quinta generación, formada por la descendencia de las cinco proles de la familia.

Este grupo descendiente cuenta al año 1720, ha sido visto como un grupo de un centenar de individuos, que se ocupan de cazar y pescar en el río.



conquistador buenos partidos, pero su carácter semitímido y andariego las convirtió en inadaptadas para convivir en una sociedad medianamente civilizada. Su debilidad moral hereditaria las llevó a una vida de incontinencia a partir de la descendencia. Entre éstas, las hijas eran extremadamente fecundas y daban su trato con gentes de vida irregular y delirantes de toda índole, ha sido difícil seguirles el rastro a través de su vida desordenada.

Existen datos concretos de la familia Jukes a partir de la quinta generación. Esta comprendía 123 individuos, de los cuales 88 eran niñas ilegítimas y 35 hijos de igual condición.

De las 88 mujeres, 16 estuvieron en prisión, sabiéndose que 6 de ellas fueron condenadas por crímenes y las demás por diversos delitos y faltas provenientes de su vida de licencia. Una de las criminales cometió nueve veces.

No se ha podido trazar con claridad la historia de las restantes; habiéndose comprobado que cuatro de ellas fueron buenas y que se casaron jóvenes.

Puede decirse que el honor de la familia estaba reservado a los varones. De los 85 componentes de esta generación, solamente cinco fueron condenados por crímenes; sufrieron arrestos y procesos once de ellos y trece hicieron de la mendicidad su profesión habitual.

Uno de estos Jukes fue salteador de caminos, hombre rudo y respetado por sus argumentos para liquidar cualquier cuestión, rápido para sacar las armas y más aún para escribirlas. Sólo se le comprobaron cinco homicidios de los doce que se le atribuyeron.

Las generaciones posteriores a esta quinta, que fue la de oro, perdieron mucho en bravura, se caracterizaron por su gran porcentaje de enfermos consuntivos y degenerados físicos, registrándose varios casos de contrarrebos y jobabidos y la enorme proliferación de las pasadas generaciones trajo consigo esterilidad a la que la sociedad entera es deudora de un eterno agradecimiento.

Todas las características ya sido comprobadas en esta perversa entidad denominada: la

¡Cuán aje o estaba a la gloria que aguardaba a su familia, como elemento de comprobación científica, aquel alegre cazador y pescador de Delaware, ¡afortunado en lances de aza y de amor, entador de fuerza y buen compañero de sus amigos!

Ilustración de
Juan Sorazabal

Y así, en todo el recorrido. Maldiciendo, amenazando, sin olvidar un solo segundo, el momento amargo de discusión y reyerta amoroso, padecido antes de subir al colectivo.

La señora Ternani

Afirmada en uno de los travesaños de la capota, viaja haciendo sus cálculos sobre las compañeras de viaje. Se distrae observando las de rabo de ojo. Despide un perfume penetrante. Se sienta aplomada y erguida. Estudia las manos de Fanny, la calidad de la cartera, de los guantes. Descubre la distancia hostil que la morena ha abierto, para no tocar a la rubia. Piensa en el precio del vestido de Sara del Valle, de plegadas faldas y en la calidad de las medias de algodón de Fanny. ¿Será una empleada? ¿Será tejido a mano el sweater?

La señora Ternani atiende al público en una perfumería de la calle Florida. Cada vez que oye estornudar al estudiante, contiene la respiración, a fin de evitarse el contagio.

Invariablemente llega un momento en que se advierte en esos transportes colectivos, un densosiego precursor de próximos descensos. Miradas de reconocimiento, abotonar de sacos, arreglos de corbata. Se abrió la portezuela y se dejó deslizar, elástico, el estudiante Smith. La rubia Fanny, admiró la elasticidad del muchacho, con ojos vivos y penetrantes. Se distrajo viéndole avanzar a grandes zancadas por el pavimento. Y, recién a doscientos metros de donde bajara el estudiante, hizo detener al colectivo. Bajó como una paloma mensajera puesta en libertad, oteando a todos lados. Buscando la numeración, parecía atontada. Se vio al 2500 y la casa donde debía presentarse estaba ubicada al 2300.

El colectivo siguió su marcha. Seis cuadras más allá, frente a su farmacia, descendió don Jacinto, frotrandose las manos, la cabeza gacha, como buscando algo perdido. Tras suyo, se baja Julián J. Rodríguez. Sube al colectivo un obrero. La señora Ternani bajó apresurada, alcanzando felizmente un tranvía que la deja en la puerta de su casa.

Sola, repitiendo la misma maldición e idéntica amenaza, Sara del Valle, falso nombre de novela, al bajar del vehículo casi es embestida por un colectivo que venía corriendo al rojo. Maldijo con más calor y se metió en una casa de departamentos, como una hormiga en un agujero.

El estudiante Smith, era hijo único de madre viuda. Fanny, que por primera vez iba a la casa de la señora Smith, le costó dar con ella. Cuando llamó a la puerta, el muchacho ya había cambiado sus ropas. No obstante, Fanny le reconoció, disimulando la sorpresa. Y, sólo un año después de estar al servicio de su madre, en visperas de que ambos se marchasen para Europa, Fanny trató de recordarle el primer encuentro. Quería ofrecerle un tinte poético a las relaciones secretas que habían cultivado ambos y que tan peligrosas consecuencias tenían para ella, en ese momento.

En un inglés perfecto, dialogaron rápidamente:

—Cuando recuerdo la primera vez que nos vimos, me cruza una emoción por el cuerpo, que no puedes imaginar — dijo Fanny con voz temblorosa.

—Mi madre te dijo a boca de jarro: éste es mi hijo, y te asustaste.

—No, no fue allí donde mis ojos se adueñaron de tu cuerpo... Fue en un colectivo en el cual venías estornudando, como un bendito... Te vi bajar del coche en un salto tan lindo, que admiré tu cuerpo elástico sin saber quién eras. Minutos más tarde, tenía que vivir bajo el mismo techo y seguir oyendo tus estornudos y diciéndote ¡Salud! a cada paso... ¡Qué ganas me daban en el colectivo de ajustarte la bufanda al cuello... — y se acercó al muchacho, acariciándole el pescuezo.

—¡Qué bien hueles, Fanny!... Pero déjame un momento, que debo apartar las cosas que llevaré en el viaje...

Fanny se sentía muy débil, derrotada. Salía del fuerte sacudón que las relaciones con Smith le provocaban.

El estudiante le había hecho ingerir una fuerte dosis purgativa, comprada en la farmacia de Don Jacinto. Para agradecerla, al mismo tiempo, le regaló un frasco de perfume, adquirido de las propias manos de la señora Ternani.

Luego de embarcada para Europa la señora Smith y su hijo, Fanny puso en juego sus pantorrillas con ceñidas medias de seda. Hinchadas pantorrillas como buches de paloma, en el cuerpo de baile de una compañía de revistas. Y allí conoció a la compañera de Julián J. Rodríguez; y, más tarde, a éste. Salieron a pasear juntos los tres, luego Fanny sola con Julián.

Una noche, Julián se empeñó en hacerle recordar que se habían visto antes, por lo menos un año atrás. Fanny no lo creyó y menos aún, podía hacer memoria. Subiendo en el ascensor de la casa de departamentos que habitaba Julián, un piso octavo, hubo el tiempo justo para el desarrollo de este diálogo:

—¿No recuerdas haberme visto por el espejo retrovisor de un colectivo? Yo te miré fijamente y me quitaste los ojos...

—No recuerdo nada, nada...

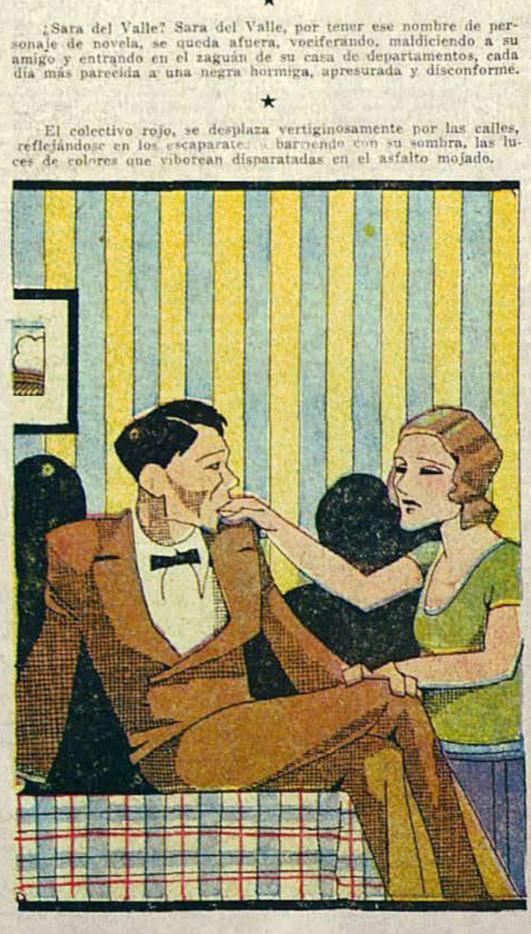
—Bajaste en Santa Fe, al 2500...

—Tal vez iría para lo de Smith seguramente.

Julián necesitaba ese fragmento del pasado para construir de una vez por todas su historia de amor. Fanny pensó que ella había guardado muy bien, como un tesoro para sí, el recuerdo del primer encuentro con el estudiante. Y que lo había utilizado tan sólo en aquel momento terrible, cuando vio que se alejaba para siempre el hombre que tanto amara. Y, comprendiendo el valor de las historias que no se cuentan jamás, seducida por la de Julián, le alargó los labios en momentos que el ascensor se detenía en el piso octavo.

¡Sara del Valle! Sara del Valle, por tener ese nombre de personaje de novela, se queda afuera, vociferando, maldiciendo a su amigo y entrando en el zaguan de su casa de departamentos, cada día más parecida a una negra hormiga, apresurada y disconforme.

El colectivo rojo, se desplaza vertiginosamente por las calles, reflejándose en los escaparates; a barriendo con su sombra, las luces de colores que viborean disparatadas en el asfalto mojado.



CAMINO DE IDA y VUELTA

por PABLO ROJAS PAZ

S E salía a la madrugada de la ciudad y se tomaba el camino casi siempre lodoso que lleva a la montaña. Mientras más se avanzaba entre la doble hilera de casuarinas que formaba la avenida Mate de Luna, más se iba arrinconando la ciudad, allí lejos, en el fondo del llano en que el error o la necesidad de defensa del conquistador la había situado. Tucumán tenía dos grandes caminos, uno que llevaba hacia el llano atravesando el corazón de Cruz Alta internándose en Santiago. Y el otro trepaba enroscándose hasta la cima de los cerros más altos. Caminos tristes, hondos, profundos, que retrataban justamente el espíritu de aquel pueblo desprevenido. Una casa puede darnos una idea más o menos aproximada del habitante; pero el camino es la historia de la vida de un pueblo. Por algo el paisaje les llamaba callejones a esas franjas peladas de tierra hechas viables a fuerza de tránsito. Caminos en que las ruedas del carro abrían baches profundos en épocas de lluvia y que en la seca se escondían en una nube de polvo imposible de eludir. Pero cuando la montaña casi domesticada, aclarada por la fresca luz del alba, se mostraba con todo el ritmo de sus contornos melódicos al caminante que se acercaba, era como si se internara uno en la vasta sinfonía de la naturaleza. Primero las lomas cultivadas donde brillaban las naranjas y podía advertirse la flor ensangrentada de la estrella federal. Más arriba los tableros de cañales alfombrando los cerros verdes y azules y más allá el bosque, el monte desordenado y bravo donde el helecho crecía junto al cedro piadoso y las pequeñas flores silvestres buscaban el amparo de los grandes árboles hechos para el viento y para el rayo. Soledad sonora esta de la montaña donde hasta el pensamiento del viajero solitario parecía resonar en el peñasco afinado ya por el claro y persistente percutir de la cascada. Soledad donde la vida es en secreto incitada hacia la eternidad. En un silencio de siglos los ojos de agua mandaban su luz líquida entre una alfombra de berros. Un branido inquietaba a veces la tensión del aire y ponía en el bosque una atenta vigilancia. El rebote de una hacha se oía aceno y el indolente canto de unos labradores parecía más un rezo que una canción en toda aquella

imponente presencia de una naturaleza casi mística.

A cierta altura del camino uno se detiene a observar lo que está cercano, lo que está más lejos y lo que se pierde ondulando en el horizonte como si la tierra tratara de fugarse del cielo. Pequeños caminos indecisos que se meten por la puerta de los ranchos, ríos pequeños que van bordando los terrenos sembrados y que se abren en arroyos y desaparecen absorbiéndose por la tierra. Chimeneas humeantes alrededor de las cuales se advierte vagamente el tráfico sin fin de los ingenios, diminutas aldeas cuya pobreza relumbra en sus techos de latas. Y más allá de todo, la ciudad hecha de bien y de mal, que cuatrocientos años atrás fundaron hombres que desengañados de la guerra de Italia, o escondiendo el rencor del desaire real, buscaban en tierras aún fabulosas, la riqueza y el prestigio que les negaba la Europa esclavizada a las decisiones de un emperador.

Y después, todos los rumores que se bordan y entretajan en la urdimbre de la mañana; estremecimiento casi secreto del pastizal, temblor fugitivo del viento en los árboles más altos, el grito de los loros, el llamado cristalino del chalchalero y el canto del olivadizo gallo.

El camino parecía fundirse en el bosque por el cual Serafín Parelón se dirigía hacia Bella Vista. El lerdito trotar de su caballo le incitaba a meditaciones melancólicas. El había sido un buen trabajador; en los talleres del ingenio no hubo muchos que le aventajaran. Con frecuencia trabajó doce horas sin descanso. Uno vivía contento, se vestía bien y hablaba de cosas alegres. Pero ahora todo había cambiado. Los patrones tenían menos familiaridad con los obreros; ya no le decían "hijo" al pasar, ni lo palmearan, ni lo convidaban con cigarrillos caros. Eran ahora como cóndor y cordero; el uno amenazante siempre, temeroso el otro. Y después aquellos hombres que habían venido de lejos a hablar de las ocho horas, del salario mínimo y el seguro obrero. Antes, nadie se había fijado en esas cosas; trabajaba uno hasta que podía, pensando en los hijos, en la madre, en la mujer; esto podía durar cinco, diez años. Después vendría la época triste de la vida en que uno vive arrinconado y esperando de la piedad de sus semejantes. Todo esto sin un lamento, sin una protesta, con la lógica resignación de lo que es ineludible y fatal como la muerte, el dolor y la deslealtad. Un atajacaminero espantó el caballo y Parelón pegó un sofrenazo violento. Miró hacia un costado y un frío estremecimiento viboró por su espina. El atajacaminero lo había hecho detener precisamente junto a una de las numerosas tumbas que bordean los caminos norteños. Una cruz negra de palo con inscripciones en blanco indicaba el sitio. Dos pobres flores de trapo sobre esa cruz y en medio de esa espléndida naturaleza daban una idea desoladora y grotesca de la inútil persistencia del recuerdo humano. Un tarro de lata colgaba de su mango de alambre de

uno de los brazos de la cruz. Parelón se quitó el sombrero y pretendió rezar; pero no recordaba sino palabras aisladas de la oración como pequeños fragmentos de un vaso roto. Sin embargo, rezó; quién sabe qué oración compuso su alma allí dentro!

Así estuvo un rato y en el sitio se hizo una quietud como de prestado. Después siguió su camino y de nuevo perdieron en su mente aquellos pensamientos suyos. Una tarde que estaba medio fatigado, se había puesto a conversar con el hombre de las lámparas, un inglés gigantón que había perdido el brazo izquierdo al querer realizar un cambio de vagones. Allí en los países lejanos se trabajaba menos, se tenía tiempo para muchas otras cosas.

El camino se derramaba de pronto sobre la llanura cubierta por los tableros de cañaveras. Como a una legua se advertía la chimenea del ingenio y el rumor del trabajo llegaba como el eco de una batalla lejana; el tropel de los carros cargados de cañas que pasaban entre las maldiciones de los carteros y el chasquido de los látigos, el silbato perdido de las locomotoras que arrastraban largos convoyes de vagones semejantes éstos a gigantescos gusanos se deslizaban sobre los rieles. Perdidos entre los tableros estaban los chaqueños, los gauchos de La Banda, los coyas de Salta, los indios de Catamarca que pelaban velozmente la caña, formando grandes montículos de malajo. Se veía aquí y allá rebrillar el cuchillo que desnudaba el tallo de la caña de su hejarasca inútil. Llegaban apagados sonos de campana, persistentes martilleos, choques violentos de vagones.

Del otro lado, haciendo fondo al paisaje y contrastando con la perspectiva de la fábrica, se podía contemplar una loma que se elevaba casi melancólicamente. Un suave olor a violeta llegaba desde allí; era setiembre y la colina estaba alfombrada de estas flores. Un muchacho venía tocando la tiorba. Los pequeños frutos rojos del chalchal rebriaban al sol. Melancólicos sonos de campana se dispersaban por el aire. Parelón detuvo su caballo; había llegado a su destino. Miró distraído el paisaje que se elevaba allí lejos. La lucha del esfuerzo del hombre con la imposición de la naturaleza. Se quedó pensativo un instante mirando hacia los lejos, hacia donde el aire se azulaba profundamente. Pensamientos y recuerdos, únicas veces de la existencia, avanzaron como un derrumbe a su conciencia. La luz le inundó de repente.

Una juventud casi infantil lo aureolaba. Sus ropas hechas jirones dejaban ver el pecho y los muslos. De pronto, una sonrisa de recuerdo entreabrió sus labios. El, sin querer, había tentado varias veces al destino. Un día, en la clase de inglés del colegio, el profesor le llamó mulato imbécil. Una cachetada resonó en toda el aula y Parelón desapareció para siempre del

colegio. Después pasó de todo. El era y había sido siempre manso. Pero, no lo dejaban vivir su vida. Otra vez, una noche, entró a casa de una muchacha que le había dado cita. Alguien abrió la puerta de pronto y él atinó solamente a tirar un calcezo al bulto. Y disparó. De la esquina oyó que gritaban: "Auxilio, criminales, lo ha matado!" Se dirigió hacia la estación Sunchales. Había una espesa neblina que aglutinaba la oscuridad. Solamente se veía a lo lejos el resplandor amortiguado de los faroles de los semáforos. Se metió en un vagón que estaba abierto y enganchado a un largo convoy. Un violento sacudón lo despertó mucho más tarde. Era sol alto. Por un resque de las maderas pudo observar una estación. Estaba en Salta, no supo si angustiarse o alegrarse por el traslado voluntario. Saltó como pudo del escondrijito. Tenía hambre. Se palpó los bolsillos; no se halló más que unas monedas. Al pasar junto a un kiosko, un hombre que estaba en una pila de diarios, lo llamó para ofrecerle que vendiera los diarios de Buenos Aires. "Como te veo cara de no ser de aquí, te lo pido", agregó el individuo. El muchacho comprendió que aquello era su salvación. "Andá por la plaza y vendé a los decentes que están en el club o salen de la iglesia". El muchacho hizo caso. Al atardecer se fue por ahí. Al día siguiente, frente a la esquina donde él veía únicamente diarios — cosa rara en provincias, donde el diarero vende también patates y chorizos — se detuvo como alelado un muchacho bien vestido que se puso a mirar a Parelón con molesta insistencia. De improviso, como si echara todo a rodar, se le acercó para decirle: "Quiero hablar con vos de un asunto; podríamos ir hasta casa".

Parelón le miró de arriba abajo, pensó un rato y luego pronunció un firme "vamos". Pasaron frente a una iglesia de donde salían viejas enlutadas y pequeñas; atravesaron una plaza en donde pastaban animales junto a la estatua de un general. Parelón había advertido que algo extraño, incomprensible por ahora, lo unía al desconocido. Se dejó llevar por el azar, por lo que podía depararle lo inesperado. Entraron a una casa fresca como pozo. Se recuerda una siempre de aquella frescura profunda. Un patio rodeado de gruesos pilares; una madreseña escondiendo un pilar. Pájaros, muchos pájaros; eso sí. El otro le tomó del brazo y lo llevó frente a un espejo colocándose a su lado.

"¿Adviertes lo parecido que somos?" — preguntó el dueño de casa.

Parelón, después de mirarlo un momento, le dijo: "Esta es su casa?"

El otro hizo una señal afirmativa con la cabeza.

"¿Podría hacerme dar un poco de café con leche?" — preguntó Parelón.

"Pasados los prolegómenos a que el hombre somete todos los actos de su vida, el dueño de casa comenzó a hablar:

"Tengo que hacer el servicio militar — dijo, y agregó — y tengo ganas de hacerlo. Soy hijo único; tengo mucha plata que me dejó mi padre, que era italiano. Vos podrías substituirme; no me tocan más que tres meses. Te doy por lo pronto, ciento cincuenta pesos para que te arregles, yo mañana te busco bien temprano en la esquina de costumbre.

Con el dinero en el bolsillo, Parelón volvió a Tucumán y entró de apuntador de húsula en el ingenio San Andrés. Ahora estaba otra vez, como siempre, frente al destino. Tenía 20 años; desde los diecisiete andaba rodando de un lado para otro. Pero por primera vez se sentía indeciso y un prematuro temor lo acosaba.

Dirigió su camino hacia una colina completamente cubierta de violetas. Y detuvo su caballo frente al chalet y llamó golpeando las manos y largos ladridos le contestaron. Se abrió una puerta de la que salió un hombre de campo; se abrió una ventana y pudo verse una hermosa mujer pálida que preguntó por lo que sucedía. Trae una carta para el señor René; viene de la ciudad. Atiéndelo; dale unos mates y que espere. Se abstraía profundamente y se reconcentró, en sí mismo. Había encontrado esa diversión para los momentos de cansancio; pero esos días baldíos que nos depara la vida en que uno ha salido de algo y está esperando lo que la vida puede ofrecer. Mientras la inmovilidad se iba adentrando más en su cuerpo más vaga se iba haciendo la percepción del mundo. Le incitaba a esta actitud todo cuanto fuera expresa afirmación de movimiento. Se sentaba junto a un río y paulatinamente todo se le volvía indiferente. Los contornos de las cosas se hacían cada vez menos precisos. En este anonadamiento sugestivo de la vida, desaparecía toda angustia. Un camino podía producir el mismo efecto. Era su descanso. Después del trabajo le gustaba reposar junto a los caminos pequeños que concretan la existencia de la aldea. Solamente una violenta conmoción podía sacarla de ese quietismo, en que descansaba su cuerpo y su espíritu. Apareció un muchacho que empuñó una barreta golpeando en ella violentamente un trozo de riel que colgaba de una rama de un árbol. Era el mediodía. El campo se pobló de labradores con el saco en el brazo.



Cuentos del Amazonas, de los Mosetenes y Guarayús



MUSEO DE LA CONFUSION



Primeras Historias que se Oyeron en Este Continente

EL cangrejo mandó sus ojos al lago mar. Dijo: "Vayan hasta la orilla del lago mar, mis ojos, vayan, vayan, vayan!" Los ojos se fueron. El se quedó sin ojos. Entonces dijo: "Ah, se han ido, mis ojos! Ahora los voy a llamar". Entonces dijo: "Vengan de la orilla del lago mar, mis ojos, vengan, vengan, vengan!" Entonces volvieron sus ojos.

Mientras tanto, un jaguar acechaba. Dijo el cangrejo: "Ah, ahí vienen mis ojos!" Luego dijo: "Ahora mando mis ojos otra vez". En cuanto dijo esto, saltó el jaguar tras él y lo asustó: "¡Eh! El preguntó: "¿Qué dices ahí, cuñado?" El cangrejo contestó: "Mando mis ojos al lago mar". Ahí dijo el jaguar: "Manda mis ojos al lago mar. Manda mis ojos, cuñado". El cangrejo contestó: "No, el tata de las tarararis se acerca y se los tragará". El jaguar dijo: "Si, pues, quiero que los mandes". Y contestó el cangrejo: "¡Buena, quedate quieto!" Después dijo: "Vayan hasta la orilla del lago mar, mis ojos de mi cuñado, vayan, vayan, vayan!" Entonces se fueron los ojos del jaguar, y quedaron sólo los agujeros. Ahí se asustó el jaguar y dijo: "¡Llamad mis ojos, cuñado!" El cangrejo dijo: "¡Vengan de la orilla del lago mar, mis ojos de mi cuñado, vengan, vengan!" Y los ojos del jaguar volvieron. El jaguar dijo: "¡Lo has hecho bien, cuñado! Manda los ojos a los otros"

El cangrejo contestó: "No, tata tararira está ya muy cerca", el jaguar dijo: "¡Si, pues, mándalos otra vez, otra vez no más!" Entonces dijo el cangrejo: "Vayan hasta la orilla del lago mar, mis ojos de mi cuñado, vayan, vayan, vayan!"

Y los ojos del jaguar se fueron. Tata tararira agarró los ojos y se los tragó. El jaguar quedó ciego y dijo: "¡Llama mis ojos, cuñado!" el cangrejo llamó los ojos del jaguar: "¡Vengan de la orilla del lago mar, mis ojos, vengan, vengan!" Pero los ojos no volvieron, tata tararira los había tragado. Entonces dijo el cangrejo al jaguar: "¿Has visto cuñado? Tata tararira ya se los tragó". El jaguar se enojó, porque sus ojos no volvían. Le dijo al cangrejo: "¡Ahora te devoro!" Cuando el jaguar se alzó para agarrarlo, el cangrejo saltó al agua y se escondió bajo una hoja de bacaba. El jaguar agarraba troncos y ramas, creyendo agarrar al cangrejo. A éste le quedó pegada en la espalda la hoja de bacaba hasta el día de hoy. El cangrejo se fue y se transformó en el cangrejo como es ahora.

El jaguar iba sin rumbo por la selva, sin ojos, sin saber por dónde iba. Se sentó en medio de la selva. Ahí lo encontró el cóndor y le preguntó: "¿Qué haces ahí, cuñado?" El jaguar contestó: "No hago nada! El cangrejo mandó mis ojos al lago mar. Tata tararira se los tragó". Le pidió al cóndor que le pusiera otros ojos. Este dijo: "¡Buena, quedate aquí! Voy a buscar leche del árbol yatani".

El cóndor se fue y tardó mucho. Después vino y ordenó al jaguar que se acostara. Entonces encendió la leche y dijo: "¡Quédete quieto, agnante el arroyo, no digas ¡ay!" Le arrojó la leche en las cuencas.

HONOR a nuestros clásicos eriollos. Sin embargo, el llorado y risueño autor de las "Memorias de un vigilante" no se vigió la memoria, ni aun el entendimiento, cuando despatchó esta oración, que es la primera del segundo capítulo de "El nacimiento", como el de tantos, un acontecimiento natural, de esos que con abrumadora monotonía y constante regularidad se producen diariamente en los ranchos de nuestras campañas desiertas.

Tres confusiones comprometen aquí nuestra gratitud. Una (para los meros etimólogos) es la de aseverar de un nacimiento que es "natural", que es más o menos como si dijieran "natural". Otra es el hecho, tal vez no sospechado por el autor, de que muy escasas personas, por tesonerías y carnosas que sean, insisten en nacer con abrumadora monotonía y constante regularidad cada quince minutos. Otra es la misteriosa virtud de nuestras campañas, a pesar de esos nacimientos vertiginosos, siguen siendo desiertas.

Miles de espectadores habrán leído con cierta admiración este anuncio:

El drama más impenetrable del cinematógrafo: "La Flota Invisible".

Desgraciadamente, ni es invisible ese concurrido film alemán — porque durante casi dos horas inmortales no vi otra cosa —, ni era impenetrable el cinematógrafo, porque yo conseguí penetrar en él, y hasta recuerdo su peligrosa boletería.

El programa de aquella noche estaba inspirado. En otro de sus párrafos pudo leer:

Usted jamás olvidará a la mujer que por un beso se convirtió en un mártir.

Soy muy desmemoriado; pero si yo besara una mujer y ella se convirtiera sin demora en un mártir cristiano, con acompañamiento de barbas blancas, leones enfurecidos, brucas aureolas circulares, legiones de ángeles aéreos y gladiadores, pienso que no lo olvidaría inmediatamente.

Un jesuita francés, exportado con fines pedagógicos a las aulas de Cincinnati (Ohio), dice en la página 378 del "American Mercury" de julio:

Noble poeta éste, capaz de exaltar al zorrino que se rompe el alma para llevar unos pesos todos los días a los pobres huertanitos, sus protegidos. Hombre resuelto, que en dos patadas se salta una valla, dispersa cinco o seis hondazos, se da media docena de vueltas de carnero, deposita dos estampillas en la Caja de Ahorro Postal y, no obstante, conserva la sonrisa soberadora del tipo que sabe perfectamente en que consiste la idiosincrasia y el paraclito.

También del "Visionario":

"Podría ser — dice seriamente — que me olvidara quitarme el sombrero al entrar a un comedor, en donde hubiera hombres de blanca camisa almidonada y corbata negra, por ir saboreando, entre labio y labio, un endecasilabo heroico".

El estado psicológico descrito por el señor Coria Melo es muy frecuente. Todos recuerdan aún la dolorosa contrariedad de aquel bucho que penetró en un campamento nudista sin reparar que todavía llevaba la escarfundia puesta, por ir mascando, entre paladar y paladar, una oda laudatoria.

El jaguar aguantó el ardor y no dijo ¡ay! El cóndor buscó una ramita y sacó leche del árbol caicusashimipio y lavó con ella los ojos del jaguar, que consiguió así ojos lindos y claros. Entonces dijo el cóndor: "¡Ahora máteme un tapir para comer, en pago de los ojos". El jaguar mató un tapir en pago de los ojos. Y el cóndor dijo: "¡Ahora máteme un tapir para comer! Cuando mates un ciervo o un tapir me darás una parte". Así quedó hasta el día de hoy. El jaguar caza para que coma el cóndor. El jaguar se fue con ojos claros.

LA CADENA DE FLECHAS (De los guarayús, guaraníes del este boliviano)

Ahaanguí, el abuelo de los guarayús, tenía dos hijos. Un día, cada uno de ellos tiró una

flcha hasta la bóveda del cielo, donde quedó fija. Después, cada uno tiró otra flecha que entró en la primera, y así siguieron hasta que se formaron dos cadenas de flechas desde el cielo hasta la tierra. Por esas cadenas treparon los dos hijos de Ahaanguí hasta el cielo y allí quedaron, transformados en Sol y Luna.

LA GRAN SERPIENTE (Leyenda mosetene. Norte de Bolivia)

Había una vez un hombre y su mujer, que querían criar manso algún animal. Fueron a la selva, pero no encontraron. Al fin llegaron a un campo, y allí hallaron un gusano, Noko, en un yuyo.

"¡Llévemolo a casa para criarlo", dijeron.

Se llevaron el gusano a su casa, hicieron un platito de barro

hombres vinieron todos y lo llevaron al medio de la plaza de la aldea y lo acribillaron a flechazos.

Después de unos días, como el hombre no llegaba a su casa, su mujer se inquietó. Noko estaba hambriento. Ella se preguntaba qué le habría sucedido a su hombre, y le dijo al gusano que debía ir en busca de su padre.

Al principio no se movió Noko. Pero al fin se alzó. Levantó alta la cabeza y se enderezó hacia el cielo. Cuando la cabeza alcanzó el cielo, estaba la cola aun en la tierra.

Cuando salía el sol, empezó a alzarse, y justo a mediodía descendió. Noko miró en rededor y vio al hombre en medio de la plaza de la aldea, lleno de flechas.

Noko se puso entonces en camino hacia la aldea. Primero se transformó en muchas serpientes de varios colores. En cuanto entraba una serpiente en las casas, la mataban los hombres. En seguida venía otra u otra color. Al fin se echó Noko alrededor de la aldea, así que nadie podía salir.

Los hombres cubrieron de flechas a la serpiente, hasta no caber más.

Noko creció y creció tanto, que al fin creció sobre toda la aldea y mató a todos los hombres.

Entonces se transformó en un hombre, y después volvió al otro hombre, que era el hijo del hombre que había criado. Se comieron todos los hombres.

Noko se acheró a la Via Láctea.



Anímula Vágula

Versión de Alejandro Schulz

U N día más y ella, la madre, tiene que callar. Frente al marido, que habla de una nueva combinación capitalista, audaz como todas las suyas, y frente al hijo, que escucha con devoción.

Veintidós años de mentira, de simulacro, con sus días y sus noches, veintidós años amordazados, pesando sobre el corazón de la madre. Sobre ese silencio, ella sostenía el hogar de tres destinos. Una sola palabra, una media palabra, y el hombre, el padre, en un arrebato de furor de varón estafado, hubiese destruido todo.

Veintidós años... La madre mira al compañero estéril, prepotente, mas concisa gobernada por un dinamismo impostergable que lo había llevado, en un solo golpe asombrado, a la cumbre financiera en que se hallaban. Ese aventurero genial había provocado a la vida: a los 25 años la había desafiado, a los 50 la dominaba. Después de él, no quedaría nada. Todo, dinero, situación y responsabilidad, estaban al día. La vida se refinaba hasta el imperalismo individual: había que tener oficinas, campos, queridas, autos, caballos de carrera. Lo tiene todo, sin pertenecerle.

En tanto, vive, despilfarra, contamina. Ve en el hijo el sucesor y, más que al sucesor, el discípulo. Le inyecta su fe rebelde de hijo del pueblo, encaramado con sus dientes y sus garras: "¿Te mere? No tener nunca, hijo mío. No vacilar. ¡Arriesgarse! ¡Sin el riesgo, la vida devora al hombre! ¡La audacia es creación, Chungui!"

Su vitalidad inunda al hijo, estremece y sofoca a la mujer. —¡Más vino!

Buen compañero el vino rojo que da al cerebro presión de sujo y aumenta el batir de las venas...

trizarlo, en el minuto, henchido de la fatalidad anunciada. Ahora, está en la cama, desangrado. Y la madre y el padre alrededor de él, viviendo siglos de dolor en la agonía.

—Chungui, mi nene... Estaban por igual enloquecidos, pero en la madre era toda su vida de mujer pecadora, su delito y su castigo de amor.

Por que Chungui no era hijo del marido. A través de sus labios sellados, la conciencia aullaba: En uno de los abandonos húrrica gris, su carne, con vocación remotísima de maternidad, había sido entregada, no al hombre del amor, sino al hombre de la creación. Poblada, grávida, no había vuelto a ver al amante. Sólo una noticia en el telegrama: la muerte en un accidente de auto en la Côte d'Azur.

Ahora, la fatalidad del verdadero padre recala, auténtica como una tara, en el destino del hijo. ¡Odio, rescate de Dios!

—No la habían redimido los veintidós años de martirio cotidiano? Y esa heroína suya, ¿no había gravitado en un gozo de vida creadora en el corazón del "padre"?

Era un pecado sin traición. Pero ahora, en este momento en que abre las manos frías de Chungui, sobre su verdad y su delito, está su corazón trizado de madre única, total. Sobre su conciencia, el alarido de su carne traidora por la prueba sobrehumana.

—Mi Chungui... Siente unos dedos entre sus cabellos. Levanta la mirada: el marido, el "padre", inclinado, devoto, sobre su angustia.

—Querida... La reacción la golpea: ¡gritará su dolor y su secreto a ese hombre que no es el padre y que día tras día, hora tras hora, se había esforzado en conquistar para



Misericordias y Grandezas de los Inventores

CREO que no hay otro campo en las actividades humanas en que tan despositivamente domina el factor "suerte", como en el de los inventores.

Guillermo Marconi es uno de estos niños mimados de la suerte cuya deslumbrante carrera se debe tanto a los juegos del azar como a los méritos propios.

Hace unos años estando en Londres fui invitado a cenar en la Legación de mi país. Se hallaban entre los comensales el célebre inventor de T. S. H. De porte distinguido, mirada evasiva, extremadamente reservado, tan sólo a los postres se animó un poco, abandonando su mutismo. En el "fumar", al que pasamos terminada la cena, la conversación se hizo más libre, me acuerdo que el Sr. K. B. el famoso bailarín, otro magno de la temporada teatral, lo abordó a Marconi a "brule point", con la pregunta, que por cierto podría pasar por desconsiderada, si no fuese formulada por un maestro de tablas, quiero decir, un individuo cuyo centro de inteligencia reside principalmente en los pies.

—Dígame, Mister Marconi, ¿cómo le ha sucedido eso de inventar el radiotelegrafo?

Mister Marconi miró silenciosamente a su interlocutor y después de un rato le contó con su voz acompasada aquellas conocidas parvas acerca de su época estudiantil, de los amores obstaculizados, de la doncella, de los severísimos padres, altos muros, ventanas enrejadas, guardianes cerberos, todas las adversidades que lo llevaron a idear un medio secreto de comunicación con la bella. Así engendró la idea que fue el origen del invento famoso. Pues el azar y la buena estrella coincidieron en patrocinar a Marconi desde sus primeros pasos en la vida, acompañándolo fielmente en todo su curso posterior.

Hace como cuarenta años, pasaba Marconi un invierno en Niza, haciendo ensayos con sus aparatos para establecer la comunicación entre la costa francesa y la de Córcega. Con este fin las autoridades locales le permitieron utilizar el faro de Mont Boron, situado a pocos kilómetros de la ciudad. Un amigo de Marconi lo secundaba en los ensayos con los aparatos instalados en un faro de la costa africana.

Cada tarde iba Marconi a su faro en un coche de alquiler. El cochero era italiano, le cobraba por viajes mensualmente. La bolsa estudiantil no siempre abundaba en pecunio. Ocurrió que Marconi demoró el pago de dos o tres mensualidades. El cochero se puso impaciente y poco a poco su impaciencia cobró caracteres violentos. Una noche el buen auriga se emborrachó y al día siguiente se desahogó en un estado de delirio que lo llevó a conducir el coche hacia el faro.

Tampoco esta vez pudo Marconi cancelar la cuenta. El cochero enfurecido, y hecho una fiera agredió a golpes al oculto inventor, pegándole una trompada formidable. Marconi cayó desmayado. El cochero, temeroso de las consecuencias, se fugó a toda prisa.

Dió la casualidad que instantes después corría por el mismo camino un vehículo que llevaba cierta familia inglesa de Niza a Montecarlo.

Tropezando con nuestro joven, tendido exánime en medio de la calzada, los viajeros alarmados se bajaron del coche y viendo que el supuesto cadáver daba señales de vida, lo transportaron a la farmacia próxima, y de allí a su casa. Así se trabó entre Marconi y sus salvadores un conocimiento que pronto se convirtió en amistad, tanto más fácil, por cuanto nuestro héroe, nacido de una inglesa, hablaba correctamente el idioma de su madre.

El inventor contó a sus nuevos amigos todas las peripecias, no ocultándole el secreto de sus estudios y experimentos.

Y ahora viene lo asombroso y lo extraordinario de la aventura: el buen Samaritano, que socorrió a Marconi, era nada menos que el Director General de Correos y Telégrafos de Inglaterra, que desde mucho tiempo se interesaba con dedicación especial en el problema de la comunicación inalámbrica. Pues bien, tomó tanto interés en los trabajos y proyectos del joven inventor, que le facilitó el viaje a Londres y le consiguió de su gobierno una subvención de £ 15,000, para continuar los estudios.

Un año después realizó Marconi su famosa primera transmisión radiotelegráfica a través del Canal de la Mancha. Su porvenir glorioso estaba asegurado: consi-

por Ezequiel F. Toyo

ROBABLEMENTE, desde las revelaciones provocadas por los manejos financieros de Ivar Kreuger, quien acabó con su propia existencia luego de arrambalar con los ahorros de una multitud de pobres gentes de Europa y de los Estados Unidos y subvencionar ampliamente el movimiento hiliérista de Alemania, no se ha dado hasta hoy un escándalo bancario de los proyectados y aspectos que ofrece la investigación que actualmente está efectuando el Senado de la Unión por intermedio de una de sus comisiones permanentes en el caso de la firma bancaria Morgan.

La reputación de esta firma de crédito internacional, había llegado hasta hace muy poco tiempo a ser considerada como la imagen misma de la solidez y hasta la corrección en el manejo de capitales. Empero, para los que han seguido de cerca la corriente de las altas finanzas privadas de la Unión, la firma bancaria que fundara E. Pierpont Morgan descendía, desde sus antiguos comienzos, una actividad que bordeaba casi permanentemente los límites de la defecuencia, llegando en ello con frecuencia a manejos ilegales y turbios, de cuyas vastas ramificaciones dentro del mundo de la política y la magistratura judicial de la Unión, para el cual, como en muchas otras partes, contó con las abundantes razones de sus habilidosos abogados y los no menos tentadores argumentos brevemente estampados en hojas de talonarios de cheques. Esto hizo que decada tras decada, la firma Morgan maniobrara clínica e impunemente dentro del mercado norteamericano del dinero, llegando a contar durante muchos años con el apoyo de encumbrados personajes de la Casa Blanca que se prestaron gustosos,

auténtica y tras ella no tardó en llegar la fortuna. De cómo ella vino no se habla en público; se cuchichea en la intimidad de las charlas de los bohemios londinenses. El principal protagonista del hecho es el hábil y afortunado financiero judío-chileno Isaac. Marconi no fue más que un medio pasivo en el juego desarrollado por el primero. Pero, quien podrá probar que todo eso ha existido en verdad y que no es sólo un ingenioso cuento, obra de los malintencionados? No hay nada indiscutible en lo que se comenta; sin embargo, los datos que los comentaristas persisten, cortiendo de boca en boca, aun después de más de treinta años de consumado el hecho.

Marconi, logrado el éxito en las comunicaciones a corta distancia, emprendió los estudios sobre las transmisiones transoceánicas. Terminados los preparativos, montadas las instalaciones, unas en la costa inglesa, otras en la isla de Newfoundland, se iniciaron los ensayos. No bien transcurrió una semana, el mundo quedó electrizado con la noticia sensacional: ¡estaba resuelto el problema de la radiocomunicación transatlántica!

La prensa mundial acogió la noticia con entusiasmo. Sus comentarios fantásticos predijeron el triunfo de la telegrafía aérea, alámbrica en la telegrafía; parecía indiscutible lo inútil que resultaba el mantenimiento del sistema de comunicaciones por medio de costosos cables submarinos. Sólo faltaba la palabra del héroe para dar el golpe de gracia a los viejos métodos de electrocomunicación.

Pero éste, inaccesible, concentrado toda su atención en el trabajo, permaneció mudo, en el más riguroso aislamiento, fracasando los más hábiles periodistas en sus tentativas de acercarse a él y sacarle un reportaje.

Mientras tanto, el mercado de valores experimentó una sacudida descomunal, reaccionando a los rumores propagados, con una vertiginosa caída de las acciones de las compañías cablegráficas.

Así pasó toda una semana en la expectativa universal, impregnada de entusiasmo en unos, y en otros de angustias y malos augurios. Al fin rompió el silencio el mago del éter, comunicando al mundo el resultado de las pruebas.

Dijo que la prensa había exagerado sus alaridos, atribuyendo una desproporcionada importancia, y que, en realidad, el éxito obtenido se reducía a la percepción dificultosa tan sólo de una letra del alfabeto, señalada por los tres puntos; que todavía quedaba mucho que hacer para alcanzar resultados definitivos y poder ligar en forma segura los dos continentes por medio de ondas herztianas, y que, en fin, la telegrafía sin hilos de ninguna manera podría suplantar a la de los cables, no excluyéndose una por otra, pudiendo las dos coexistir en perfecta concordia.

El efecto de las manifestaciones del inventor fue tal, que rápidamente recorrieron la confianza del público los títulos de las compañías cablegráficas; la Bolsa se sintió calmada y las acciones, que parecían irremediablemente desvalorizadas, volvieron al nivel de las cotizaciones normales.

Se susurra en los círculos bolsistas de la City, que Mr. Isaacs, jugando con destreza a la baja y después al alza de los títulos aludidos, ganó una fortuna en la operación.

Lo hizo en comandita con Marconi? ¡Fue éste quien le proporcionó los datos, lo informó y prestó su concurso mudo a la especulación, o bien el hábil financiero se sintió iluminado por la propia intuición clarividente, sabiendo aprovechar oportunamente las circunstancias que se le presentaron?

¿Quién puede saberlo! Un hecho es cierto: desde aquella época data la opulencia de Marconi, y su fortuna, que suma varios millones de libras esterlinas.

Pues dígame, lector atento, ¿no le parece todo esto fantástico, no velesco? ¿Y no acierto yo viendo en la intervención de la suerte el mayor de los méritos que conducen a la gloria?

¿Qué sería de Marconi sin aquel primer protector? Tardando unos meses en sus trabajos, el físico ruso Popoff, le hubiera ganado la prioridad del invento y con ella toda la gloria que le corresponde.

Y la colaboración financiera de Mr. Isaacs? Sin la riqueza que le proporcionó, ¿cómo podría defender sus derechos y asegurarse todos los frutos del invento? No sería más que uno de los que forman la enorme falange de los "radioinventores", cuyos nombres no veneran más que los aficionados, y el resto de la humanidad los ignora.

El método utilizado por él fue prestarle dinero para que "se expandieran" por sí mismos, seducidos por promesas que no fueron cumplidas, y acabando por correrlos en las cotizaciones de Bolsa en el referente a los títulos que no ignoraban poseían, pronalando rumores acerca de sus aprietos financieros para que la clientela de sus bancos retirase los fondos y así cerrarlos todo crédito.

Poco queda por agregar acerca de esta falta de escrúpulos. Dos de los banqueros así acorralados desaparecieron de New York, mientras Barney se había saltado la tapa de los sesos. Sobre el espíritu del fundador de la empresa Morgan, se cuenta por parte de testigos presenciales, la actitud siguiente:

Un banquero, asistente a una reunión de financieros convocada por el viejo Morgan, se atrevió a decir humildemente: —Mr. Morgan, yo he mantenido mi banco sólida y honestamente y no me siento en ninguna manera responsable de las dificultades que atraviesan en estos momentos instituciones como las que se han permitido emplear sus fondos en manipulaciones de Bolsa. He resuelto quedarme en mi Banco y dejar que los otros se arreglen por sí mismos.

Morgan, interesado como nadie en esos "manipuleos de Bolsa", descargó un terrible puñeto sobre la mesa y respondió: mientras su nariz se enrojecía como nunca: —¡Quélese en su Banco y yo lo voy a rodear con una mura-

lla o no salvará sino en su atad!

Frente al cúmulo de pruebas amontonadas por la comisión del Senado contra la firma Morgan, Lamont ha declarado con la mayor frecuencia que la de Morgan ha sido "una firma pródiga de sus recursos... sin preocuparse por las pérdidas de los socios, si en ello se podía mejorar la situación".

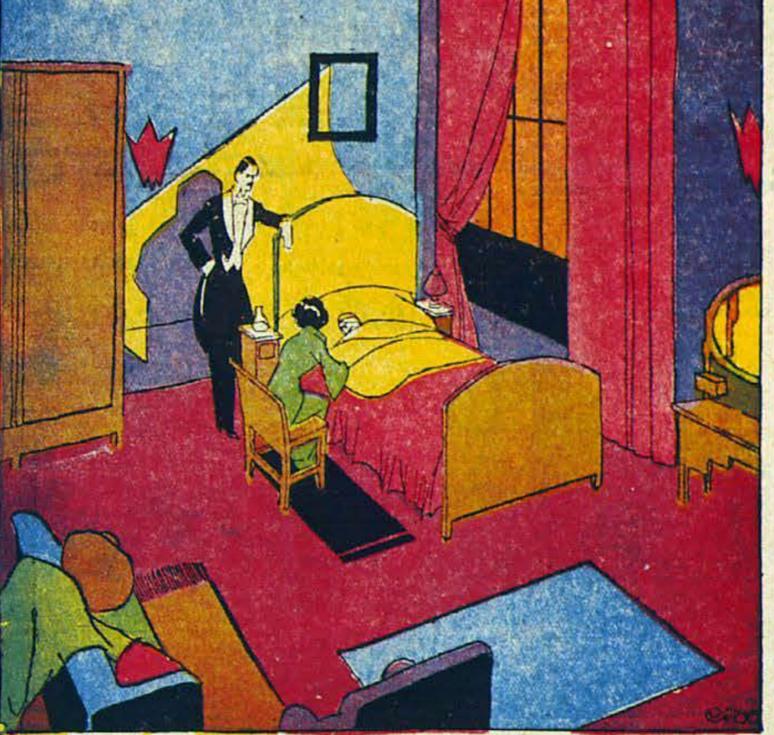
Las referencias de Lamont acerca de una conversación mantenida por Morgan con los directores de los numerosos trusts, compañías que estaban al borde de la quiebra, es cosa, dice un comentarista, que merece repetirse con música. Uno de los socios fue interrogado por el mayor de los Morgan acerca de la índole de la mayoría de sus depositantes y éste respondió: —La mayoría es gente del East Side, hombres de trabajo, pequeños comerciantes, sastres, personas que tienen hechos pequeños depósitos.

A lo que replicó Morgan: —Hay que buscar algún procedimiento para ayudar a estos pobres gentes. No debemos permitir que pierdan todo lo que tienen en este mundo.

Mr. Lamont repite estas frases en prueba de sus asertos. Probablemente, nos dice el mismo comentarista, ello no para de pura ficción. Un autor teatral que tan solamente pusiera la mitad de esas frases en boca de sus personajes, sería alejado del teatro a carcajadas. Morgan ha vivido en un mundo de astucia y voracidad que escapa a toda admiración, esa es la verdad, a pesar del sentimentalismo de última hora que invade el alma de Mr. Lamont, sin duda bastante comprometido de por sí en las maniobras de Morgan.

Respecto de este último, "The Nation" de Nueva York acaba de publicar estas líneas, harto interesantes: —

En esta forma, el mundo...



—¡Bebe, hijo, bebe!

Y otro proyecto en la ciudad azorada, servil al primero que llega.

La madre mira cómo sus manos se diluyen, se ausentan sobre un plato de Murano contra la claridad fogosa de las copas del Chablis. Su rostro es palido, cavado por la mirada horizontal. Toda la palidez del silencio realizándose en el destino trocado de su carne...

La voz metálica del marido parece triturarla. Después de esas veladas largas e insostenibles, volverá a quedar sola, frente a sí misma, vagando a través de su secreto.

Un día más, una noche más, ella ha callado.

Revenuto el cuarto del hijo y ella a su lado, junto a la cama, mirándole. Se le parece, menos en la amenaza histórica de la mirada. Los ojos del hijo son rectos, ciertos como los del padre.

—Chungui, mi nene... Una vez, como desde hace una a la ternura.

—¡Vámonos, mamá, ya te he dicho que no me gusta que me llames así!

La besa, le da un cigarrillo para que le eche humo a la cara, le muere las yemas de los dedos. —Otro día me quedaré, ¿eh?

La madre entreve la esperanza: reconquistarlo. Aun es tiempo. Chungui es como ella: sensible, impresionable, espiritual. Hay que vencer al enemigo, al adversario que quiere falsificarle al hijo...

—Besándole, contrae una promesa de lucha. Será un desafío silencioso, tenaz, implacable, con la tenacidad y la seguridad insolvente del padre, del antipoda.

Noche. Noche ciega, acuñada con tensiones de expectativa y de vigilia. Al lado de la cama de Chungui, la madre mira el rostro surcado por el vendaje.

Se lo habían traído ensangrentado a raíz de un accidente de auto. Esa noche, borracho, el hijo había tomado el volante de su torpedito.

—Quiero ser como mi padre: más que el obstáculo, que el impedimento... Haré reventar el velocímetro.

—Al peligro, decía siempre el padre, hay que desaherrarlo, que vocario hasta que caiga de rodillas a nuestros pies.

Pero una mujer, perfumada con intenciones torvas de Guerlain, había dicho junto a la oreja de Chungui: —¿Y la fatalidad? El muchacho había reído y, también, vacilado. Pudo más la fanfarria. Ya sus manos apretaban el volante. Ya el ruido del motor terminaba de embriagarlo. Era tarde para la rectificación del alarde. Era necesario sostenerlo. Y media hora más tarde se estrellaba con su torpedito hasta

el sólo a su hijo, al hijo de su silencio y de su soledad. Lo ve desesperado, roto, vencido. Y en medio de su dolor tremendo, ella, la madre, tiene una bella palabra de amor: —¡Llora conmigo!

Muerto Chungui, vuelve ella... La locura de su dolor la lleva a la superstición lírica: el retorno absoluto de Chungui a ella, la reconquista total.

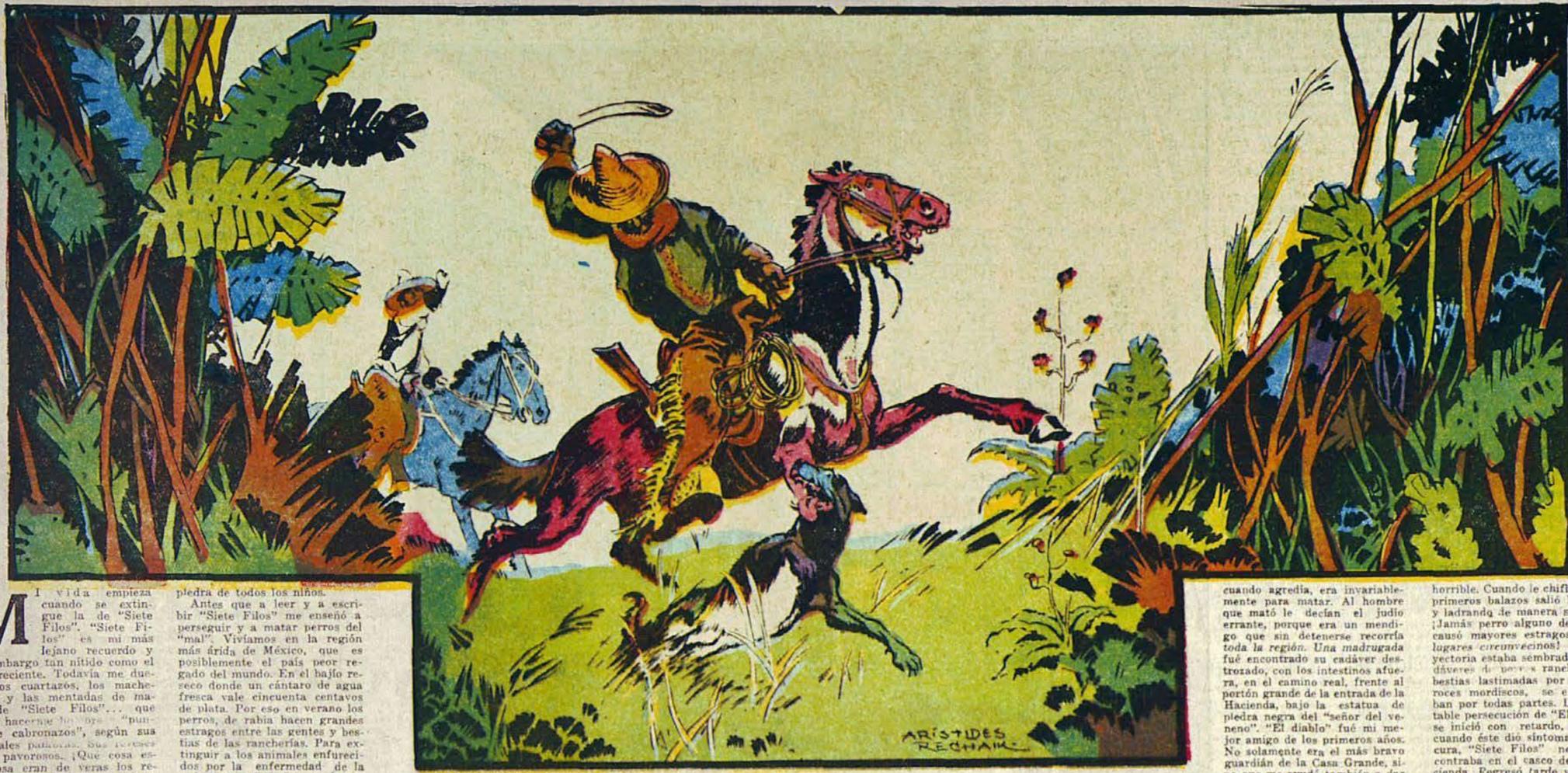
No más separaciones, ni rebeliones, ni el pánico de verlo y de sentirlo aliado del marido, ni el presentimiento terrible de la absorción del hijo — gustos, inclinaciones e ideas — por el "padre".

El retorno y la reconquista de Chungui... Su corazón sangrará años y años, sus ojos quedarán ciegos de llanto, pero adentro, en la zona nunca violada de su corazón, Chungui para ella sola, en todas las edades, de niño y de grande, de ángel y de hombre.

Vuelven las manos del marido a apoderarse de las suyas. Ella lo mira vaga, incoherente. En la cama sepultada de silencio y de nostalgia, de secreto y de pecado, la voz del "padre", derribada, en pedruzcos.

—¡Nuestro Chungui! Sofocar la rebelión de la carne, apretar con las manos el corazón hasta estrangularlo — con su muerte, Chungui volverá a morir, definitivamente — pero sostener sobre ella y sobre el mantener sobre ella y sobre el mantener, sobre el delito vulgar, el recuerdo, la adoración, la resurrección del hijo. Y dice, en plenitud: —Nuestro, nuestro Chungui...

Ingeniero E. Odyniec



Mi vida empieza cuando se extingue la de "Siete Filos". "Siete Filos" es mi más lejano recuerdo y sin embargo tan nítido como el más reciente. Todavía me duelen los cuartazos, los machetazos y las mentadas de madre de "Siete Filos"... que quiso hacerme "hoyos" "punta de cabronazos", según sus textuales palabras. Sus reacciones eran pavorosas. ¿Que cosa espantosa era de veras los espasmos de "Siete Filos"? Me los aplicaba con su mano izquierda retorciéndola por un balazo en la muñeca y con cada uno de ellos me frecuentemente me ensangrentaba toda la cara. Los huesos de la mano chueca de "Siete Filos" me hacían más daño que los chirriantes metales de su machete oaxaqueño. "Ogaperros" le llamaban los mozos de la Hacienda a esta clase de tortura. Los berrioches y blasfemias intermitentes de "Siete Filos" retacaban como rayos en los muros de la Casa Grande de la "Noria", en donde vivíamos mis hermanitos y yo bajo el amparo de Eusebita ramón, nuestra "mamá grande", esposa de "Siete Filos", padre de nuestro papa Cipriano. En la hacienda de "La Noria" crecíamos, Chuchito, de cinco años, Lucrecia, de ocho y yo, de siete. "Siete Filos" nos educaba y acercaba con el puño cerrado y Eusebita con la palma de la mano.

¡Jinetes "chunco", lancero del indio Juárez, en las guerras de Reforma y contra la invasión francesa, el Coronel Don Antonio Alfaro Sierra, se ganó el apodo de "Siete Filos" por su mal genio terrible, que lo arrastraba constantemente desde los más espantosos ataques de furia hasta los más retributivos a r e pentimientos. "Siete Filos" golpeaba sin piedad pero regalaba después todo lo que tenía, hasta sus cuacos y sillas plateadas de montar. Eran así frecuentes los casos en que sus subalternos, los sirvientes, provocaban premeditadamente sus iras para merecer después espléndidas compensaciones.

No pudiendo ya guiar tropas de hombres arrebata tropas de toros a los ochenta años, que compraba en regiones ganaderas para transportarlas y venderlas en las que no lo eran. Algunas de sus marchas fueron causa de asombro por las distancias y carácter geográfico de las regiones atravesadas: de la costa de Puerto, donde abunda el ganado lanudo, pasando por las selvas pantanosas del trópico, hasta remontan las sierras nevadas, y cruzar los desiertos arenosos, con grietas enormes que se abren para tragar a los hombres.

Una cerrada balacera fue siempre el anuncio fervoroso de su llegada al galope con sus caporales a la Hacienda... y si esta vez no encontraba a mi hermano y a mí retorciéndolo mi para la Casa Grande, había que correr precipitadamente a resguardarse tras una piedra alta para librarse de sus disparos certeros que nos crucaban silbando o salpicaban de astillas de piedra. Así daba "Siete Filos" su gran alegría a la vez que reanuda de nuevo nuestro aprendizaje de dignos descendientes suyos.

"Querer es apretar hasta rechingar" acostumbraba decir cuando nos despertaba a media noche para hacernos cosquillas durante largas horas... hasta que perdimos el sentido... después de un horrible vía crucis de risas nerviosas, carcajadas quebradas, llantos desesperados y gritos de angustia infinita que se perdían en la soledad de la Hacienda.

Otras veces "Siete Filos" nos arrancaba como raíces de la cama y durmiendo profundamente aún nos ponía de pie para gozar de la batalla desespertada nuestra con el sueño de

pedra de todos los niños. Antes que a leer y a escribir, "Siete Filos" me enseñó a perseguir y a matar perros del "mal". Vivíamos en la región más árida de México, que es posiblemente el país peor regado del mundo. En el bajo riego donde un cántaro de agua fresca vale cincuenta centavos de plata. Por eso en verano los perros, de rabia hacen grandes estragos entre las gentes y bestias de las rancherías. Para extinguir a los animales enfurecidos por la enfermedad de la peste, "Siete Filos" y yo hacíamos grandes recorridos a caballo. Mi abuelo montaba "La Brasa", yegua colorada retinta, o bien en el "Mojino", caballo prieto de gran alzada. A mí me trepaban en "El Pescadito" caballo chaparro que caminaba en la tierra haciendo culebrillas como los peces en el agua. Salíamos al paso en la Casa Grande de la Hacienda, pero ya fuera de sus corrales y al traspasar los potreros, "Siete Filos" me hacía espaldas y así empezaba un galope desenfrenado

entre nubes cerradas de polvo fino como de cristal pulverizado. Frequentemente los "arrancones" y "jalones" desesperados de mi caballo, que se esforzaba por seguir la marcha del resto "Cuaco" de "Siete Filos" me obligaban a agarrarme atemorizado de la cabeza de la silla. Ver esto mi abuelo y sacar el machete era un solo impulso. "Siete Filos" no podía tener nietos cobardes! Entonces "mal" y caballo recibíamos una zambanda feroz de planazos con el machete y de encontronazos con la bestia mayor, que nos precipitaban a todos en una carrera enloquecida, acompañada de insultos descarados. No había que llorar entonces porque las lágrimas de los nietos de "Siete Filos" tenían la virtud de multiplicar los golpes. Después seguían las pesquisas indispensables para encontrar la pista del animal atacado del "mal". Las mujeres indias sañían de los "jucales" para darnos indicaciones: "Es un perro grande, color de vejiga, con ojos de agua"... y el galope se resanaba. Cinco, diez, veinte rancherías y nos poníamos a tirar de "mal" del animal. Cinco, diez balazos no valían para doblarlo y éste seguía trazando violentamente una línea roja interminable con su sangre! "Los perros, de rabia, bien adentro el enemigo malo y por eso son tan duros para morir". Era necesario que "Siete Filos", emparejándole su caballo, lo desatara a machetazos. Después

HISTORIA UNIVERSAL DE LA INFAMIA

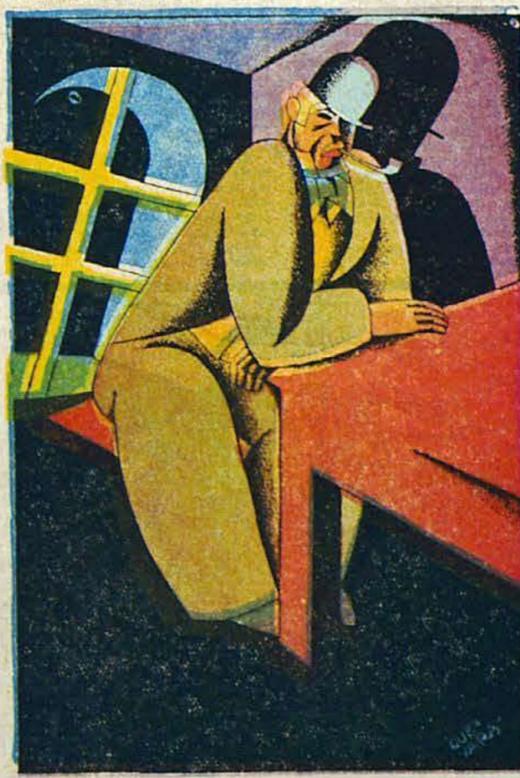
PERFILADOS bien por un fondo de paredes celestes o de cielo alto, dos campadritos envainados en sería ropa negra bailan sobre zapatos de mujer un baile gravísimo que es el de los cuchillos parejos, hasta que de una oreja salta un clavel porque el cuchillo ha entrado en un hombre, que cierra con su muerte horizontal el baile sin música. Resignado, el otro se acomoda el chambergio y consagra su vejez a la narración de ese duelo tan limpio. Esa es la historia detallada y total de nuestro maleaje. La de los hombres de plexa de Nueva York es más vertiginosa y más torpe.

Eastman, el Proveedor de Iniquidades

mantener el orden. La leyenda refiere que el empresario no lo quiso atender y que Monk demostró su capacidad, demoliendo con fragor el par de gigantes que detenían el empleo. Lo ejerció hasta 1899, temido y solo.

llamábamos a la peonada del pueblo más próximo para que quemaran y enterraran el cadáver destrozado y babeante. No era raro que esta escena se repitiera hasta cinco veces en un mismo día.

La historia de las bandas de Nueva York (revelada en 1928 por Herbert Asbury en un decoroso volumen de cuatrocientas páginas en octavo) tiene la confusión y la crueldad de las cosmogonías bárbaras, y mucho de su ineptitud gigantesca: Sotanos de antiguas cervicerías habilitadas para conventillos de negros, una raquítica Nueva York de tres pisos, bandas de forajidos como los Angeles del Pantano (Swamp Angels) que merodeaban entre laberintos de cloacas, bandos de forajidos como los Daybreak Boys (Muchachos del Alba) que reclutaban asesinos precoces de diez y once años, gigantes solitarios y descarados como los Galedos, Eiros (Plug Uglies) que procuraban la inverosímil risa del prójimo con la camisa ondeada por el viento del arrabal, pero con un garrote en la diestra y un pistón profundo, bandas de forajidos como los Conejos Muertos (Dead Rabbits) que entraban en batalla bajo la enseña de un conejo muerto en un palo, hombres como Johnny Dolan el Dandy, famoso por el rulo acotado sobre la frente, por los bastones con cabeza de mano y por el fino aparato de cobre que sella calzarse en el pulgar para vaciar los ojos del adversario, hombres como Kit Burns, capaz de decapitar de un solo mordisco una rata viva, hombres como Blind Danny Lyons, muchacho rubio de ojos muertos inmensos, rufián de tres rameras que circulaban con orgullo por él, filas de casas de farol con lora como las dirigidas por siete hermanas de New England que destinaban las ganancias de Nochebuena a la caridad, refileros de rutas familiares y de perros, casas de juego chinas, mujeres como la repetida viuda y Red Norah, amada y ostentada por todos los carretes que dirigieron la banda de los Gophers, mujeres como Liza the Dove, que se enlutó cuando lo ejecutaran a Danny Lyons y murió degollada por Gentle Maggie, que le discutió la antigua pasión del hombre muerto y ciego, motines como el de una semana salvaje de 1863, que incendiaron cien edificios y por poco se adueñaron de la ciudad, combates callejeros en los que el hombre se perdía como en el mar porque lo pisoteaban hasta la muerte, ladrones y evolucionados que caballos como Yoske Nigger — tejen esa caótica historia. Su héroe más famoso es Edward Delaney, alias William Delaney, alias Joseph Marvin, alias Joseph Morris, alias Monk Eastman, jefe de mil doscientos hombres.



Por cada pendenciero que serenaba, hacía con el cuchillo una marca en el brutal garrote. Cierta noche, una calva resplandeciente

El héroe

Esas flintas graduales (penosas como un juego de cartas que no se sabe bien cuál es cuál) omiten su nombre verdadero — si es que nos atrevemos a pensar que hay tal cosa en el mundo. Lo cierto es que en el Registro Civil de Williamsburg, Brooklyn, el nombre es Edward Ostermann, apodado de Nochebuena era hebreo. Era hijo de un patrón de restorán de los que anuncian Kosbar, donde varones de rabinicas barbas pueden asimilar sin peligro la carne desangrada y tres veces limpia de terneras degolladas con rectitud. A los diecinueve años, hacia 1892, abrió con el auxilio de su padre una pajarería. Curiosear el vivir de los animales, contemplar sus pequeñas decisiones y su inescrutable inocencia, fue una pasión que lo acompañó hasta el final. En posteriores épocas de esplendor, cuando rehusaba con desdén los cigarrillos de hoja de los pecosos sachems de Tammany o visitaba los mejores prostibulos en un coche automóvil precioso, que parecía el hijo natural de una góndola, abrió un segundo y falso comercio, que hospedaba cien gatos finos y más de cuatrocientas palomas — que estaban en venta para cualquiera. Los quería individualmente y solía recorrer a pie su distrito con un gato feliz en el brazo, y otros que lo seguían con ambición.

Era un hombre ruinoso y monumental. El pescuezo era corto, como de toro, el pecho inexpugnable, los brazos peleadores y largos, la nariz rota, la cara aunque historiada de cicatrices menos importante que el precioso de camisa como también de saco, pero no de una galerita rabona sobre la ciclópea cabeza. Los hombres cuidan su memoria. Físicamente, el pistolero convencional de los films es un remedo suyo, no del epiceno y fofo Capone. De Wolheim dicen que lo emplearon en Hollywood, porque sus rasgos aludían directamente a los del deplorado Monk Eastman... Este solía recorrer su imperio forajido con una paloma de plumaje azul en el hombro, igual que un toro con un benteveo en el flomo.

Hacia 1894 abundaban los salones de bailes públicos en la ciudad de Nueva York. Eastman fue el encargado en un de ellos de

que se inclinaba sobre un bock de cerveza le llamó la atención, y la desmayó de un mazazo. (Me faltaba una marca para cincuenta) exclamó después.

Desde 1899, Eastman no era sólo famoso. Era caudillo electoral de una zona importante, y cobraba fuertes subsidios de las casas de farol colorado, de los garitos, de las pingongas callejeras y los ladrones de ese sordido feudo. Los comités lo consultaban para organizar fechorías, y los particulares también. He aquí sus honorarios: 15 dólares una oreja arrancada, 19 una pierna rota, 25 un balazo en una pierna, 25 una puñalada, 100 el negocio entero. A veces,

La batalla de Rivington

Unos cien héroes vagamente distintos de las fotografías que estarán desvaneciéndose en los prontuarios, unos cien héroes saturados de humo de tabaco y de alcohol, unos cien héroes de sombrero de paja con cinta de colores, unos cien héroes afectados quien más quien menos de enfermedades vergonzosas, de earies, de dolencias de las vías respiratorias o del riñón, unos cien héroes tan insignificantes o espléndidos como los de Troya o Junín, libraron ese renegrido hecho de armas, en la sombra de los arcos del Elevated. La causa fue el tributo exigido por los pistoleros de Kelly al empresario de una casa de juego, compadre de Monk Eastman. Uno de los pistoleros fue muerto, y el tiroteo consiguiente creó a batalla de incontados revólveres. Desde el amparo de los altos púeros hombres de rasurado mentón tiraban silenciosos, y eran el centro de un desprovisto horizonte de coches de alquiler, cargados de impacientes refuerzos, con artillería Colt en los puños. ¿Que sintieron los protagonistas de esa batalla? Primero (creo) la brutal convicción de que el estrepito insensato de cien revólveres iba a aniquilar enseguida; segundo (creo) la no menos errónea seguridad de que si la descarga inicial no los derribó, eran invulnerables. Lo cierto es que pelearon con fervor, parapetados por el hierro y la noche. Dos veces intervino la policía y dos la rechazaron. Al primer vislumbre del amanecer el combate murió, como si fuera obscuro o espectral. Debajo de los grandes arcos de ingeniería quedaron siete heridos de gravedad, cuatro cadáveres y una paloma muerta.

Eastman contra Alemania

Cuando el todavía perplejo Monk salió de Sing Sing, los mil doscientos forajidos de su comando estaban desbandados. No los supo juntar y se resignó a operar por su cuenta. El ocho de setiembre de 1917 presenció un desorden en la vía pública. El nueve, determinó participar en otro desorden y se alistó en un regimiento de infantería. Sabemos varios rasgos de su campaña. Sabemos que desaprobo con fervor la captura de prisioneros, que una vez (con la sola culata del fusil) impidió esa práctica deplorable. Sabemos que logró evadirse del hospital para volver a las trincheras. Sabemos que se distinguió en los combates cerca de Montfaucon. Sabemos que después opinó que muchos balcetes del Bowary eran más bravos que la guerra europea.

El misterioso, lógico fin

El veinticinco de diciembre del 1920, el cuerpo de Monk Eastman amaneció en una de las calles centrales de Nueva York. Había recibido cinco balazos. Desconocedor feliz de la muerte, un gato de lo más ordinario lo rondaba con cierta perplejidad.

Jorge Luis Borges

Lo inesperado de la noticia había tironeado de nuestra curiosidad. Estábamos en aquel momento en la estación del pueblo del Pilar, como habitualmente lo hacíamos entonces a la tarde. Allí se concurría para sacudir el aburrimiento de la vida incolora local con el espectáculo siempre interesante que se ofrecen mutuamente ambos sexos. Las mujeres pasaban cien veces, como si les fuera preciso exhibirse siempre en movimiento, y los hombres, parados a lo largo del andén, las miraban sin saciarse.

Cuando nos enteraron del crimen ocurrido horas antes, nos reunimos en rueda, descuidando por un momento las formas femeninas, para comentar la noticia.

Los personajes que actuaron en aquel drama grotesco y trágico multiplicaban el interés.

La noticia era esta: "Juanín" había sido asesinado esa mañana por "Trabacapepe". Este, después de ahorcarlo, fue a embriagarse como "sabía hacerlo" en el almacén "La Rosada", donde fue detenido.

El crimen resultaba monstruoso, pues el victimario, aprovechando la impopularidad de "Juanín", atacado de parálisis desde dos días atrás — lo último, tomándolo indefenso, como a una criatura. Según aquellos informes, resultaba pueril pensar en un suicidio, pues era inverosímil que "Juanín", impedido como estaba, hubiera logrado colgarse. Se lo había encontrado, en efecto, pendiente de un tirante, con los pies a medio metro del suelo.

Un muchacho de nuestro grupo, que veraneaba en el pueblo, extrañado por el gran interés que tomábamos, preguntó si conocíamos mucho a los actores del drama.

— "Juanín" y "Trabacapepe".

Se lo miró con indulgencia. Evidentemente, quien eso preguntaba no era del pueblo. Fue preciso informarlo.

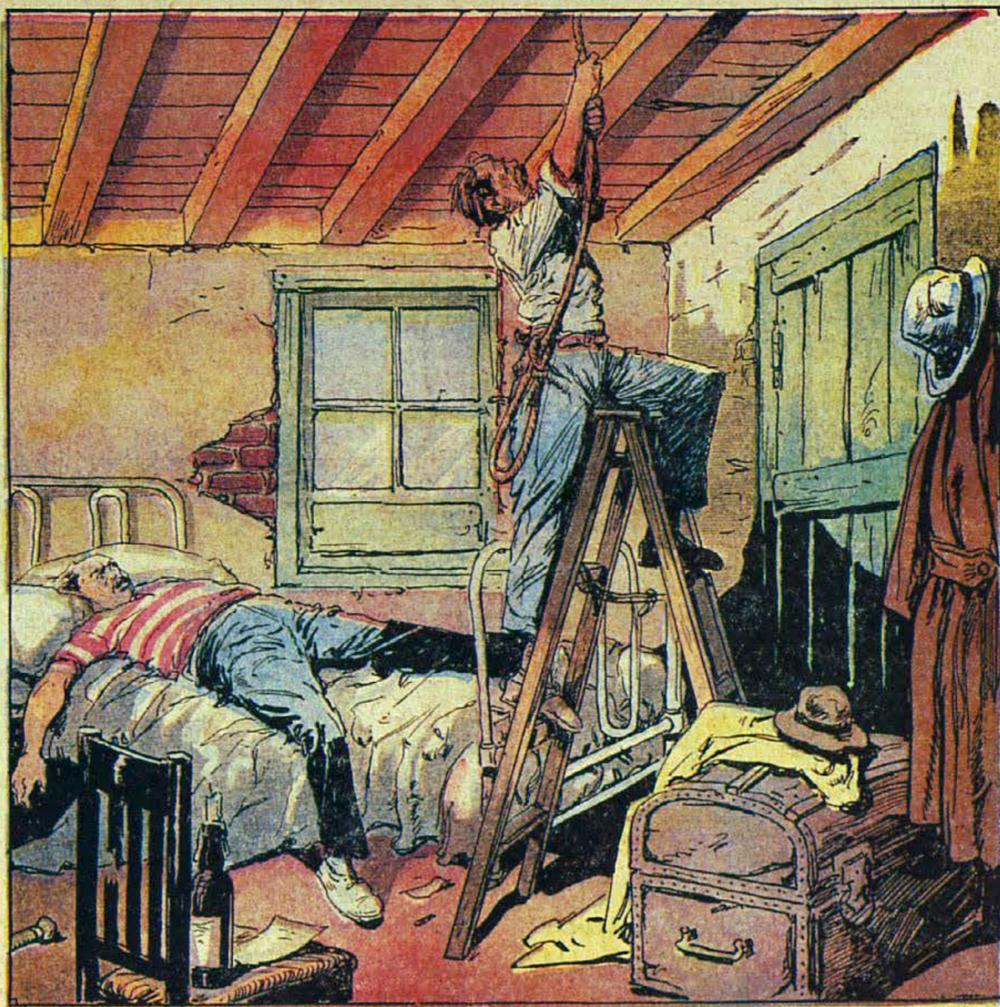
Ni un solo vecino había dejado de tratarlos alguna vez, y a uno de ellos solía todo a "Juanín", se lo conocía en muchas leguas a la redonda. Corrían trases hechas ligadas con su nombre, casi todos intencionados, corrientes, familiares, casi regionalismos que vivían largos años, sin dudar, en estos lugares:

— "Todos terminaremos en lo de "Juanín"!"

— "Ese está por visitar a "Juanín"!"

Cuarenta años de enterrador justificaban su popularidad y extrañas historias, que hacían estremecer a las mujeres, rodeaban de una aureola prestigiosa y macabra a ese hombre que había vivido su vida entre los muertos.

Era un sepulturero perfecto, especializado, encariñado con su oficio como si hubiera acertado con la vocación. Cuando niños, nadie nos hubiera convencido de que aquel hombre — bajo, gordo, cargado de espaldas, con una cabeza semejante a una sandía acostada directamente sobre los hombros, sin mediar el cuello, con aquella cara enrojecida y algo feroz, terminada en pico por el avance de la nariz y la depresión de la frente y de la barba — nadie, digo, nos hubiera persuadido de que semejante sujeto no realizaba el prototipo del enterrador. Por lo demás, era una persona buena, reconcentrada y dueña de una memoria prodigiosa en cuanto se refería a sus muertos. Más de una vez, y a consecuencia de la pérdida de un registro, los empleados municipales debieron apelar a sus fieles recuerdos, fiando más en la palabra del sepulturero que en la de los propios dedos del extinto cuyo cadáver originaba la búsqueda. Su vida estaba sembrada de referencias. Abría una caja mortuoria con la despreocupación de quien destapa una lata de sardinas; sus manos, con dedos casi tan cortos como los de los pies, llevaban y traían despojos humanos aún, sin ascos ni remilgos, increíble de las infecciones, y cuando, en alguna exhumación, un tirón violento rasó su rostro con un chorro fétido, se refregó con el brazo como si fuera una salpicadura de agua fresca. En materia de dignidades póstumas, fue escéptico perfecto, sin alardes ni desdén. Sus muertos eran todos iguales. Las combinaciones que ejecutaba, sus negocios con los estudiantes de medicina y las exigencias de las gentes que adoraban las carroñas, solían ponerlo en aprietos momentáneos. Pero eso no lo arredraba. ¿Que faltaba el cráneo en algunos despojos reclamados por la solicitud empeñosa de algún estudiante desoso de poseer un maxilar con todos sus dientes? ¿Pues con reemplazarlo por otro...



Un día, en un almacén vecino al cementerio, bebí con su paisano "Juanín", cuya salud por entonces flaqueaba visiblemente. "Trabacapepe", le narró su historia, que el otro escuchó con mucha gravedad. A su vez, habló "Juanín". Multiplicó los vasos. Uno de los hombres, borrado y muy ebrio, se encaminaron al cementerio, provistos de una damajuana de vino tinto. Se detuvieron a cada veinte pasos, dejaban la damajuana en el suelo; entonces, uno de ellos tomaba al interior de la solapa y le hablaba misteriosamente, junto a la cara, acompañándose de ademanes significativos. El otro lo miraba con grandes ojos y asentía con la cabeza; cuando, a su vez, le tocaba el turno, cambiábase los papeles. Conversaban en voz baja, a pesar de hallarse completamente solos.

Casi de noche llegaron a la casa de "Juanín", separada del cementerio por una pared medianera. Era una pieza de ladrillo, blanqueada, sin revocar y, más que una habitación, parecía, en la penumbra, otra pequeña necrópolis abandonada, tan rodeada está de trastos viejos de cementerio, lapidas, cruces, coronas descascaradas y amontonadas en profusión. Pero los hombres pasaron de largo; un poco más y se hicie-

cieron nítidos los grandes pilares que, como dos fantasmas blancos, guardaban la entrada. La enorme puerta de hierro giró y los dos hombres, tomados de las agraderas de la damajuana, avanzaron sostenidos mutuamente. A poco se perdieron en las sombras del camino principal, tan silencioso y sin vida como los frentes de las pequeñas construcciones que dan a él, dormitorios eternos, lúgubres y mudos.

"Trabacapepe" quedó definitivamente como peón de "Juanín". Así sellaron su amistad.

He aquí, reconstruido, el drama en que nuestros dos hombres habían sido actores:

El sábado, a eso de las once, "Trabacapepe" se dispuso a asegurarse en la cabecera de una tumba, rodeada de rojas y rosadas flores, una de esas grandes cruces de antiguo estilo, cuyo brazo transversal, grueso y cilíndrico, lleva una chapa negra donde se escribe, en letras blancas y torpes, la leyenda, protegida por una lámina de vidrio.

Había sacado dos o tres paladas de una tierra negra, crumosa, rica, en la que la pala se hundía hasta el mango. Pero el problema

que para "Trabacapepe" representaba la dedicatoria no le dejaba bajar. Dejó clavada la pala y, echándose sobre la cruz, comenzó a detelechar como un niño:

— A la memoria de Cele-do-nio Montes; su que-ri-do y a-ma-te hi-jo...

En ese momento oyó la voz de "Juanín". Seguramente lo llamaba para pedirle el vino, que se había olvidado de poner a su alcance. El viejo enterrador acababa de caer atacado por una afección a los riñones. Ahora permanecía prostrado y con una pierna y un brazo paralizados.

El peón, abandonando su lectura, se dirigió a la casucha vecina y como el llamado se resistiera apremiamente, para evitar el rodeo a que lo obligaba el camino mayor, saltó la pared medianera. Al caer al otro lado, se raspó la mano en un gran ramo de flores de latón pintado — remedo detectable de la naturaleza viva — duras y rígidas como los cuerpos a que están destinadas.

Por tercera vez oyó su nombre, mientras miraba su mano rasgada. Le dio fastidio.

— ¡Oh, caramba! ¡El no tenía alas!

Una ligera inquietud lo asaltó. Desde hacía unos días notaba cosas extrañas en su patrón, a las cuales no había dado mayor importancia juzgándolas efectos del alcohol. Sin duda, había un cambio de carácter: brutalidad en las contestaciones, silencios hoscos... Un día lo había sorprendido describiendo curvas en el aire con el índice al alto.

— ¿Quié está, Pepe? ¿Ma qué tanto apuro? Pepe ha tenuto que paman te hi-jo...

Cuando se refería a sí mismo hablaba siempre como si se tratara de un tercero.

"Juanín", con un gesto, le ordenó que cerrara la ventana. Cuando le dirigía la palabra procuraba hacerlo — aunque sin éxito — en su idioma nativo. De sus confusos recuerdos sólo acertaba con una mezcla cómica:

— Viene cua.

Y como el otro permaneciera inmóvil, agregó, sordamente:

— Viene cua. Te lo dico.

El peón se acercó. "Juanín", sin dejar de mirarlo oblicuamente con cierto extravío, metió su mano derecha entre su camiseta rayada y la piel y extrajo, con misterio, un paquete amarillento. Era un billete que puso frente a la mirada atenta de su peón. Iba al gran caso de decisión. Le parecía inútil perder tiempo en rodeos.

— Cincue cento pesi — le dijo en voz baja —. ¿Capite?

El otro hizo que sí con la cabeza, pero no comprendía nada de aquella escena. En su rostro se acentuaba su natural expresión de asombro. ¿A dónde iría a parar?

"Juanín" añadió, con voz tamborosa:

— "Trabacapepe" tornose serio y se acercó, muy conmovido:

— Pero... le certo lo que habete detto?

"Juanín" se puso a llorar... ¡El no estaba borracho, no!... Quería morir. Le perseguían alucinaciones. En sus ataques oía que los muertos lo increpaban. ¡Le habían tomado rabia!... Y, en sus momentos de lucidez, temblaba de horror ante la locura definitiva que lo aguardaba. La vida así le era insostenible, pero no tenía valor para matarse. Le suplicaba a su amigo, a su paisano, a quien había ayudado que lo desechase de una vez, por compasión...

Cuando se enteró de lo que se quería de él, "Trabacapepe" quedó estupefacto. No sabía qué decir ni qué hacer. Por más que lo deseaba



Tal vez se confundieron, en algunas de estas combinaciones, los restos de dos enemigos mortales o, quizás, el chocar de algunos huesos, con un ruido duro y seco, remedo del beso que fue negado en vida!

Tal era Juanín. ¡Ah, me olvidaba: tenía fama de gran bededor!

El otro personaje posee rasgos personales no menos notables. Años atrás se lo conocía por "Pepe", a secas. Ahora responde al apodo de "Trabacapepe", desde que corrió de boca en boca cierta historia, entre picarosa y lastimosa, que aun hace morir de risa a los honrados vecinos del lugar.

Es un hombrecito de edad difícil de calcular, flaco, pequeño y, no obstante, resistente como caballo para el trabajo rudo. Su cara tiene algo de cándido, a pesar de las mejillas encendidas. Su expresión cándida como la de un chico asombrado armoniza con su vocalización laboriosa, muy desarticulada y dotada de una ligera quejumbre. Su expresión es el espejo de su mentalidad.

He aquí el origen de su apodo. El infeliz trabajó un tiempo de jardinero en casa de cierta señora, famosa por sus trampas. Todos los meses, con puntualidad plena de fe, el sombrero en la mano, confundido y humilde, llegaba ante la dama formulando, sin ira, la misma reclamación que repetía perseverantemente durante un año. Contaba con candidez y silabeando, a quien quisiera oírlo, el mismo diálogo monótono:

— ¿Ho-na tar-de, signora.

— ¿Qué quiere, Pepe?

— ¡Eh!... Viene por la mesada...

Y, en su lengua falocriolla explicaba él mismo a su auditorio las seguraciones que le daba la señora sobre la garantía de sus mensualidades — promesas en las cuales recién comenzaba a desconfiar. Pero los oyentes no se daban por satisfechos hasta oír ue sus labios el estribillo que ya corría de boca en boca, e insistían:

— Pero, ¿como te decía ella?

Y se miraban con picardía, conteniendo la risa. El contestaba, cándidamente:

— Y... me di-che-va: Tra-ba-ca, Pepe, tra-ba-ca; ¡que la prata e si-cura!

Entonces los presentes reían a carcajadas, y Pepe, por contagio, también. Una semana después todo el pueblo lo llamó "Trabacapepe", soñando en una sola voz las dos palabras.

En otras ocasiones lo hacían hablar de un amorio desdichado y lleno de ridículo con una morena obesa y brutal que, dos años atrás, hastiada por la miseria de su amante, lo había arrojado a golpes de su casa. Cuando se refería a las mujeres, y a aquella en particular, se transfiguraba. Lo hacían beber y le pedían detalles inabarcables que eran transcurridos con grandes risotadas y, como siempre terminaba quejándose de la falta de la única mujer que había conocido, lo consolaban diciéndole que algún día cobraría su dinero y entonces podría casarse. Todo era cuestión de esperar, ya que "la plata era segura!"

★ CRIOLLOS PUROS ★

En La Punta existía una cancha derecha e o g andarivel. Un holicheño armaba allí los domingos un tinglado de lonas; ponía debajo mesas y bancos para servir lunch campero a la sombra.

El paisanaje se había encanizado. Se celebraban carreras de mayor o menor cuantía.

Yo no faltaba. En reunión de paisanos se aprende filosofía integral, sin libros; distar y enseñar la ingeniosidad en las frases; símiles y alusiones comparativas, siempre oportunas y ajustadas, siempre oportunas y ajustadas. Hacía calor ese domingo.

Ninguna carrera se había concertado todavía.

Un oscuro grandote, mestizo, nervioso, hacia rito que caracoleaba con su montía. Estaba como reguero de pólvora que espera un fósforo.

El terreno a lli lomeaba a su avencido y el tinglado estaba en el alto.

— ¿Quié es que viene allí?

— ¿Pre-gun-tó uno señalado para el bajo?

Un paisano con un caballo del cabresto venía hacia la cancha.

Ya algo cerca se detuvo y pudimos distinguir un viejito seco, de traza pobrona; barba rala y blanca como su pelo vinchado, sin medias y con alpargatas.

Nadie se animó a hacerle carrera.

El caballito criollo de ley; pelo motoso de carnero; ejemplo rarísimo; alarón descolorido. Caballito tranquilo, dándosele de pensativo; parecía convencido de la humildad de su dueño y le hacía juego. ¡Ah! Pero caballito joven; mirada viva; disimuladas nerviosidades en la piel.

El viejo desensilló; refaló el aperito gastado y se dio a la operación de desembarar su flete. Como si estuviese en un descansito, y solo.

Del tinglado le lluyaban risas y alusiones que parecía no oír.

— ¡Haciéndonos los graciosos y a lo mejor es aord!...

Y el paisanaje se acercó a

cargó con la pila de jergas y las tiró al pie de su flete; el paisanaje lo siguió y le hizo rueda, expresando alegres insinuaciones y comentarios mientras el viejo colocaba prolijaente jerga sobre jerga en el lomo del animal. Como si estuviese solo.

Cincho concienzudamente; después palmó el anca al pingo; como si hubiese sido un aviso sus ojos se avivaron y resolvió cabeceando.

Reajustó la vincha, se quitó las alpargatas y montó. No tenía rebenque.

Al tranquilo se dirigió al punto de partida, en el bajo; sin mirar a nadie; como si estuviese solo.

El paisanaje cruzó sus apuestas; poco había que hacer; el oscuro era una fija. Al arcergerado solo hubo una apuesta.

— ¡El viejo solo!

En efecto, apareció el caballito criollo en un galope tendido, sereno, como flecha; parecía liebre postiza de entrenar galgos.

Media cuadra más atrás venía el oscuro.

El viejo, tranquilo, y siempre silencioso se apeó; aflojó la cincha y refaló el jerguero, que entregó en el pesaje.

Cobró su dinero.

Puso su aperito usadizo al alazag perredido, que aunque fatigado parecía reírse con sus ojos vivos.

Montó el viejo sin oír ni atender felicitaciones, preguntas ni bromas amables; sin aceptar ningún convite; echó una mirada redonda a la concurrencia y dijo:

— ¡Gracias y hasta otra güelta.

Y se fue al tranquilo.

— ¡Pucha con el viejito!... Viene, nos saca la plata y, como si tal cosa, se va calladito!

— ¡H a h l a y menos es valer más!

— ¡Usté que jugó al carnero, va a decirnos por qué!

Todos rodearon al preguntado.

— Pero no vieron que eran criollos puros, indios!

— ¡Y en qué se conocía?

— El viejito no usaba sombrero ni rebenque, y estribó descalzo. Luego a su edad sólo un criollo puro jinetea todavía.

— ¡Y el perredido!

— Caballito criollo es un fogón tapao con ceriza.

— ¡Dónde perredió todo eso?

— ¡Donde menos se espera se aprende, como a ustedes les pasa ahora. El viejito no habló por que el indio no se distrae ni oventó ni hablando; el pueblerito mestizo es pura charla, para comerse unos a otros.

— Pero el viejito nos ha comido sin hablar.

— ¡Eh! está la lección. El oscuro se está en puras pavadas, mientras el alazag no alardeó lo que era: criollo puro; y se hizo valer!

— ¡Si, pues.

